



Cuentos

Jack London



BLANCO Y AMARILLO

LAS AGUAS DE LA BAHÍA DE SAN FRANCISCO contienen todo tipo de peces; por eso surcan sus aguas las quillas de todo género de pesqueros, tripulados por todo género de pescadores. Para proteger a los peces contra esta abigarrada población flotante se han dictado muchas leyes acertadas y existe una patrulla pesquera que se encarga de que esas leyes se cumplan.

Entre los más osados de esos pescadores cabe incluir a los camareros chinos. Los camarones tienen la costumbre de deslizarse por el fondo en grandes ejércitos hasta llegar al agua dulce, donde se dan la vuelta y regresan deslizándose al agua salada. Y cuando la marea se vacía y refluye, los chinos echan al fondo grandes redes con la boca abierta en las que van metiéndose los camarones y de las cuales pasan a la olla.

Esto no tendría nada de malo en sí de no ser por lo tupida que es la malla de las redes, tan tupida que por ella no pueden salirse los pececitos mis pequeños, los recién nacidos que no miden ni medio centímetro de largo. Las preciosas playas de las Puntas de San Pedro y San Pablo, donde están las aldeas de los

camaroneros, se convierten en algo terrible debido a la peste de millares de pescaditos en putrefacción, y desde siempre la patrulla pesquera tiene por función actuar contra esta destrucción inútil.

Siendo yo un muchacho de 18 años, buen tripulante de balandra y buen conocedor de las aguas de la bahía, la Comisión de Pesca contrató mi balandra el Reno, y a mí me hicieron patrullero adjunto. Luego de mucho trabajo con los pescadores griegos de la Bahía Alta y de los ríos, donde salían a relucir los cuchillos en cuanto había un problema, y donde los hombres no se dejaban tomar presos hasta que se les metía el revólver en la cabeza, nos sentimos encantados de que nos enviaran de expedición contra los camaroneros chinos.

Partimos seis con dos embarcaciones, y para evitar sospechas salimos después de oscurecer y tiramos anclas bajo un acantilado llamado Punta Piñón. Cuando palideció el Este con la primera luz del amanecer, volvimos a ponernos en marcha, ciñéndonos a la brisa de tierra mientras cruzábamos la bahía hacia Punta San Pedro.

Las nieblas de la mañana se rizaban y se pegaban al agua, de forma que no podíamos ver nada; pero nos dedicamos a quitarnos el frío del cuerpo con café caliente. Además teníamos que dedicarnos a la desagradable tarea de achicar, pues, de una forma incomprensible, en el Reno se había abierto una gran vía de agua. La mitad de la noche la habíamos pasado reorganizando el lastre y explorando las juntas, pero nuestro trabajo había sido en vano. Seguía entrando agua a raudales y teníamos que redoblar esfuerzos abajo para volverla a sacar.

Después del café, tres de los hombres se retiraron a la otra embarcación, una lancha salmonera del río Columbia, y tres nos quedamos en el Reno. Después las dos embarcaciones avanzaron juntas hasta que apareció el sol sobre el horizonte. Sus cálidos rayos despejaron los vapores restantes y ante nuestra vista, como en un cuadro, apareció la flota camaronera, distribuida como una media luna, con las puntas separadas por una distancia de por lo

menos 3 millas, y con cada junco amarrado a la boya de una red de camarones. Pero ni un movimiento, ni una señal de vida.

Comprendimos la situación. Mientras esperaban a que llegara la polea para izar las pesadas redes del lecho de la bahía, todos los chinos habían bajado a dormir. Eso nos animó y iniciamos rápidamente nuestro plan de batalla.

-Que cada uno de tus hombres aborde un junco -me susurró Le Grant desde la salmonera-, y tú te amarras a otro. Nosotros hacemos lo mismo y no veo ningún motivo para no capturar por lo menos seis juncos.

Luego nos separamos. Hice cambiar de bordo al Reno, me puse a sotavento de un junco, flameé la vela mayor al viento y perdí arrancada, pasé junto a la popa del junco tan despacio y tan cerca que uno de mis patrulleros lo abordó de un solo paso. Entonces me aparté, volví a hinchar la vela y me dirigí hacia un segundo junco.

Hasta aquel momento no había habido ni un ruido, pero ahora llegó un escándalo del primer junco capturado por la salmonera. Se oyeron chillidos orientales, un disparo de pistola y más chillidos.

-¡Se acabó! Están avisando a los otros -dijo George, el patrullero restante, que estaba a mi lado en la cabina.

Nos encontrábamos en medio de la flota y la alarma se extendía a una velocidad increíble. Las cubiertas se empezaban a llenar de chinos medio dormidos y medio desnudos. Los gritos y los chillidos de alarma y de ira volaban sobre el agua en calma, y alguien daba la señal de alerta soplando en una concha con gran éxito.

A nuestra derecha vi que el capitán de un junco cortaba la amarra de un hachazo e iba de un salto a ayudar a sus hombres a izar la enorme vela al tercio.

Pero a la izquierda, en otro junco, vi que empezaban a asomar cabezas de chinos que se despertaban, y orcé al Reno a su costado, justo el tiempo suficiente para que lo abordara George de un salto.

Ya estaba en marcha toda la flota. Además de las velas, habían sacado unos remos largos y los juncos fugitivos surcaban la bahía por todas partes. Me había quedado sólo en el Reno y trataba febrilmente de capturar una tercera presa. El primer junco que perseguí me eludió limpiamente, porque orientó las velas al viento y salió sorprendentemente disparado. Se ceñía al viento por lo menos media cuarta más que el Reno y empecé a respetar aquellos barcos tan feos.

Al notar la inutilidad de perseguirlo llené las velas, lancé la mayor y aproveché el viento para lanzarme hacia los juncos de sotavento, donde les llevaba ventaja.

El que había escogido titubeó indeciso ante mí y cuando borneé bien para que el abordaje fuera suave, llenó las velas de repente y salió a toda velocidad, mientras aquellos mongoles cetrinos gritaban a un ritmo salvaje al darle a los remos pareles.

Pero ya estaba yo preparado para aquello. Orcé de golpe. Sostuve la caña del timón con el cuerpo mientras con la mano ponía en faena la mayor sobre la marcha, para mantener el máximo de fuerza en el impacto. Rompí los dos remos de estribor del junco y luego las dos embarcaciones chocaron fuerte. El bauprés del Reno, como un puño monstruoso, destrozó el rechoncho mástil del junco y su enorme vela.

La respuesta a esto fue un grito de rabia. Un chino muy alto, de aspecto verdaderamente malvado, con un pañuelo de seda amarilla liado a la cabeza y la cara toda picada de viruela, empujó con una pica la proa del Reno para separar los dos barcos enganchados. Sin hacer más que una pausa para soltar las drizas del foque, y justo en el momento en que el Reno se separaba y empezaba a derivar hacia popa, salté a bordo del junco con un cabo en la mano y lo amarré.

El del pañuelo amarillo y la cara picada de viruela se me acercó amenazador, pero me llevé la mano al bolsillo del pantalón y titubeó. Yo iba desarmado, pero los chinos han aprendido a tener

mucho cuidado con los bolsillos de los pantalones norteamericanos, y con esto contaba yo para mantenerlos a distancia a él y a su tripulación de salvajes.

Le mandé que tirara el ancla de proa del junco, a lo que replicó: «No entender». Igual respondió la tripulación, y aunque expliqué por señas lo que quería decir, se negaron a comprender. Cuando advertí que era inútil seguir hablando del asunto, fui yo mismo a proa, tiré del cabo y solté el ancla.

-¡Ahora, a bordo cuatro de vosotros! -dije a gritos, indicando con los dedos que cuatro de ellos tenían que venir conmigo y el quinto quedarse en el junco. Pañuelo Amarillo titubeó, pero repetí la orden con tono feroz, al tiempo que me llevaba la mano al bolsillo. Aquello volvió a impresionar a Pañuelo Amarillo, que, con gestos de resentimiento, llevó a tres de sus hombres a bordo del Reno.

Partí inmediatamente, y sin izar el foque fui rumbo al junco de George. Allí resultó más fácil, porque éramos dos y George tenía una pistola a la que recurrir si las cosas se ponían feas. E, igual que en mi junco, hicimos pasar a la balandra a cuatro chinos y dejamos uno a bordo para que atendiera a la embarcación.

En el tercer junco añadimos cuatro chinos más a nuestra lista de pasajeros. La salmonera ya había tomado sus doce presos y llegado a nuestro costado, muy sobrecargada. Para empeorar las cosas, como era una lancha pequeña, los patrulleros estaban tan apretados entre sus presos que en caso de apuro tendrían pocas posibilidades.

-Vais a tener que ayudamos -dijo Le Grant. Contemplé a mis presos, que se habían hacinado en el camarote y en el techo de éste.

-Puedo sacarte tres -respondí.

-Que sean cuatro -sugirió-, y me llevo a Bill (Bill era el tercer patrullero). Aquí no tenemos espacio y si hay pelea, la proporción justa sería un blanco por dos de ellos.

Hicimos el cambio, la salmonera izó la vela tarquina y enfiló por la bahía hacia las ciénagas de San Rafael. Icé el foque y seguí con el Reno. San Rafael, donde teníamos que entregar nuestras presas a las autoridades, se comunicaba con la bahía por un marjal largo y tortuoso, o ensenada cenagosa, que no era navegable más que cuando subía la marea. Estaba empezando a bajar, como ya iba vaciándose, teníamos que damos prisa si no queríamos quedamos medio día esperando a la próxima marea.

Pero la brisa de tierra había empezado a morir con la salida del sol y ahora no llegaba más que en débiles soplos. La salmonera sacó los remos y pronto nos dejó muy atrás. Algunos chinos estaban en la parte más a proa de la cabina, cerca de las puertas del camarote, y una vez, cuando me incliné sobre el balaustre de la cabina para alisar un poco la escota del foque, noté que alguien me rozaba el bolsillo del pantalón. No hice nada, pero por el rabillo del ojo vi que Pañuelo Amarillo había descubierto que el bolsillo que tanto le había impresionado hasta ahora estaba vacío.

Para terminar de agravar las cosas, con toda la excitación del abordaje de los juncos no habíamos achicado el agua del Reno, y ahora comenzaba a inundar las tablas. Los pescadores de camarones la señalaron y me miraron interrogantes.

-Si -dije-. Y ahoa todos ahogarnos si no achicáis. ¿Sabel?

No, no sabían, o por lo menos eso indicaron con la cabeza, aunque en su propia jerga hablaron entre sí con toda elocuencia. Saqué tres o cuatro de las tablas de abajo y un par de cubos de un pañol, y con el lenguaje inconfundible de las señas los invité a ponerse a trabajar. Pero se echaron a reír y unos se metieron en el camarote y otros se subieron al techo.

Esa risa no tenía nada de gracia. Contenía una sugerencia de amenaza, un algo de malicia que verificaban las miradas torvas que me lanzaban. Desde que Pañuelo Amarillo descubrió que mi bolsillo estaba vacío, había adoptado una actitud de lo más insolente, y se paseaba entre los demás detenidos, a quienes hablaba

en tonos muy serios.

Tragué saliva, bajé a la cabina y empecé a achicar el agua. Pero apenas había empezado cuando por encima de mi se balanceó la botavara, se hinchó de golpe la vela mayor y el Reno se escoró. Estaba empezando el viento del día. George no tenía ni idea de navegación, de modo que me vi obligado a dejar de achicar y tomar la caña del timón. El viento soplaba directamente de Punta de San Pedro y las montañas de tierra adentro, y por eso era rancheado e inseguro: unas veces henchía las lonas y otras las dejaba lacias e inútiles.

George era la persona más totalmente incompetente que jamás he conocido. Entre sus impedimentos estaba el de ser tísico, y yo sabía que si se ponía a achicar le podía dar una hemorragia. Pero la subida del agua me advertía que tenía que hacer algo. Volví a ordenar a los pescadores de camarones que echaran una mano con los cubos. Se rieron desafiantes y los que estaban dentro del camarote, con el agua hasta los tobillos, se pusieron a hablar a gritos con los que iban sentados en el techo.

-Más vale que saques la pistola y les hagas achicar -le dije a George.

Pero negó con la cabeza con clarísimas muestras de tener miedo. Los chinos podían ver igual que yo tenía «canguelo», y su insolencia llegó al nivel de lo insufrible. Los que estaban en el camarote descerrajaron los paños de la comida y los de arriba bajaron como pudieron y se sumaron a ellos en un festín compuesto por nuestras galletas y nuestras latas de conservas.

-¿Qué importa? -preguntó George débilmente. Yo estaba que echaba chispas de rabia impotente

-Si se insubordinan será demasiado tarde para que nos importe nada. Lo mejor es que los controles inmediatamente.

A cada momento subía más el agua, y las rachas de viento, precursoras de una brisa constante se hacían cada vez más fuertes. Y entre racha y racha los presos, tras dar cuenta de las provisiones

de una semana, se dedicaron a ponerse todos primero de un costado y luego del otro, hasta lograr que el Reno se bamboleara como una cáscara de nuez. Se me acercó Pañuelo Amarillo y, señalando su aldea en la playa de Punta San Pedro, me dio a entender que si llevaba allí al Reno, ellos a su vez se pondrían a achicar. En el camarote, el agua llegaba ya hasta las literas, y la ropa de cama estaba empapada. En la cabina, había subido hasta los 30 centímetros. Pero me negué y por el gesto de George vi que lo lamentaba.

-¡Si no te pones duro nos van a tirar por la borda! -le dije-. Si quieres salir de ésta, más vale que me des tu revólver.

-Lo más seguro -comentó- es desembarcarlos. Lo que es yo, no quiero ahogarme por unos cuantos chinos de mierda.

-¡Y lo que es yo, no estoy dispuesto a ceder a unos cuantos chinos de mierda para no ahogarme! -respondí indignado.

-Si seguimos así vas a lograr que el Reno se hunda con todos nosotros y no veo que eso nos valga de nada.

-¡Hay gustos para todo! -repliqué.

No respondió, pero vi que temblaba lamentablemente. Entre la actitud amenazadora de los chinos y la vía de agua estaba fuera de sí de miedo; en cambio, a mí más que los chinos y el agua me daba miedo él y lo que su miedo podía llevarle a hacer. Vi que miraba anhelante al chinchorro de popa, de modo que en el siguiente momento de calma lo acerqué de un tirón a nuestro costado. Cuando me vio hacerlo se le iluminaron los ojos de esperanza, pero antes de que pudiera adivinar mis intenciones reventé el fondo del bote con un hacha de mano y el chinchorro se llenó de agua hasta la borda. -O nos hundimos todos o llegamos todos -le dije-, y si me das el revólver, en medio minuto tenemos achicado el Reno.

-Son muchos para nosotros dos -gimió-. No podemos luchar contra todos ellos.

Le dí la espalda, asqueado. Hacía rato que habíamos perdido

de vista la salmonera tras el pequeño archipiélago llamado Islas de Marín, de forma que no podíamos esperar que viniera en nuestra ayuda. Se me acercó Pañuelo Amarillo con aquel aire suyo, abriéndose camino entre el agua que le lamía las piernas. No me agradó su gesto. Me daba la sensación de que tras aquella sonrisa amable se escondían malas intenciones. Le ordené que se hiciera atrás, en tono tan decidido que me obedeció.

-¡Ahora, quédate ahí -ordené- y no des ni un paso más!

-¿Pol qué? -preguntó indignado-. Yo cleel que hablal sel bueno.

-¡Hablal, hablal! -respondí enfadado, porque ahora me daba cuenta de que había comprendido todo lo que le había dicho a George-. ¿Hablar para qué? Tú no sabes hablar.

Sonrió con gesto empalagoso:

-Sí, yo saber mucho. Yo chinito honlado.

-Muy bien -contesté-. Si tú saber hablar, tú saber achicar. Después de achicar mucho, nosotros hablar.

Negó con la cabeza, al mismo tiempo que señalaba a sus camaradas por encima del hombro:

-No podel. Chinitos muy malos, muy malos. Cleo...

-¡Atrás -grité, pues había visto que se metía la mano debajo de la camisa y se preparaba para dar un salto.

Desconcertado, volvió al camarote, aparentemente para celebrar consejo, dado el parloteo que comenzó inmediatamente.

El Reno iba muy hundido, y sus movimientos empezaban a ser los de un madero sin rumbo. En mar gruesa se habría hundido sin remedio, pero cuando soplabo el viento era de tierra, y apenas si había un rizo en el agua de la bahía.

-Creo que más vale que aproes a la playa -dijo George abruptamente, en un tono que revelaba que su miedo le había obligado a decidir un rumbo de acción.

-¡Yo creo que no! -respondí malhumorado.

-¡Te lo ordeno! -dijo con tono de matón.

-Mis órdenes son llevar presos a éstos a San Rafael -fue mi

respuesta.

Habíamos ido alzando gradualmente la voz, y el ruido del altercado hizo salir a los chinos del camarote.

-Y ahora, ¿quieres ir a la playa? -preguntó George, y me encontré contemplando el cañón de su revólver, del revólver que se atrevía a usar contra mí, pero que era demasiado cobarde para utilizar contra nuestros prisioneros.

Fue como si me invadiera el cerebro un brillo cegador. Toda la situación, en todos sus aspectos, se centraba en mí: la vergüenza de perder nuestros detenidos, la indignidad y la cobardía de George, la reunión con Le Grant y los demás patrulleros y las explicaciones y excusas, además del combate que había sido tan duro, de la victoria que se me arrebató justo cuando creía tenerla al alcance de la mano. Y con el rabillo del ojo vi cómo se amontonaban los chinos junto a las puertas del camarote y nos miraban triunfantes. No podía ser.

Levante una mano y bajé la cabeza. Con la primera subí el cañón; la segunda apartó mi cabeza de la trayectoria de la bala que pasó silbando a un lado. Con una mano le agarré a George de la muñeca; con la otra el revólver. Pañuelo Amarillo y su pandilla saltaron hacia mí. Era ahora o nunca.

Con todas mis fuerzas, y de un solo movimiento repentino, empujé a George para que chocara con ellos. Después tiré de él hacia atrás igual de repentinamente, le arranqué el revólver de entre los dedos y le levanté en vilo del suelo. George cayó sobre las rodillas de Pañuelo Amarillo, que tropezó con él, y los dos se quedaron debatiéndose en el agujero que habíamos hecho para achicar, donde habíamos arrancado el entablado de la cubierta. Al instante siguiente los tenía cubiertos con mi revólver, y los camarones rebeldes se acobardaban e iban retirándose.

Pero no tardé mucho en descubrir que es completamente distinto disparar contra alguien que ataca que hacerlo contra alguien que meramente se niega a obedecer. Porque cuando les

ordené que se pusieran a achicar, no me obedecieron. Los amenacé con el revólver, pero se quedaron tranquilamente sentados en el camarote lleno de agua o en el techo, y no se movieron.

Pasaron 15 minutos en que el Reno se iba hundiendo cada vez más, con la vela mayor lacia en la calma. Pero vi que junto a la costa de Punta San Pedro se formaba una línea oscura en el agua, que avanzaba hacia nosotros. Era la brisa constante que tanto tiempo llevaba esperando yo. Llamé a los chinos y se la señalé. La acogieron con exclamaciones. Después indiqué la vela y el agua que había dentro del Reno e indiqué por señas que cuando el viento llegase a la vela, con el agua que llevábamos embarcada íbamos a naufragar. Pero se burlaron de mí, porque sabían que yo podía orzar y soltar la vela mayor, para dejar pasar el viento y escapar al peligro.

Pero yo ya estaba decidido. Halé la vela medio metro o así, la aferré y, apoyándome con los pies, me apoyé con la espalda en la caña del timón. Así tenía una mano para la escota y la otra para el revólver. La línea oscura se acercaba cada vez más, y vi cómo miraban de mí a ella y de ella a mí, con un temor que no podían disimular. Se enfrentaban mi inteligencia, mi voluntad y mi capacidad de resistencia con las de ellos, y el problema era quién podía aguantar más tiempo sin ceder la tensión de una muerte inminente.

Entonces nos golpeó el viento. La vela mayor se tensó con un restallar de los motores, se levantó la botavara, se hinchó la vela y el Reno empezó a escorarse y a escorarse hasta que se hundió en el agua la regala de sotavento, se hundió la cubierta, se hundieron las ventanas del camarote y empezó a entrar a raudales toda la bahía sobre la regala de la cabina. Tan rápida fue la escora que los que estaban en el camarote cayeron unos encima de otros en la litera de sotavento, donde se retorcían y agitaban en el agua, los de abajo, peligrosamente a punto de ahogarse.

Refrescó un poco el viento y el Reno se escoró más que nunca.

Por un momento creí que todo había terminado y comprendí que si llegaba otra ráfaga igual no había duda del final.

Pero mientras pensaba en esto y debatía conmigo mismo si debía ceder o no, los chinos gritaron que se rendían. Creo que jamás he oído voces más dulces. Y entonces, pero no antes, orcé y solté la vela mayor. El Reno se fue enderezando con gran lentitud y cuando por fin recuperó la vertical estaba tan a flor de agua que dudé que se pudiera salvar.

Pero los chinos se lanzaron como locos a la cabina y se pusieron a achicar con cubos, ollas, sartenes, con todo lo que encontraban a mano. ¡Qué bonito resultaba ver cómo salía el agua por la borda! Y cuando el Reno volvió a recuperar su airosa línea sobre el agua, salimos disparados con la brisa a nuestro largo y en el último momento posible cruzamos la ciénaga y entramos en el marjal.

Los chinos habían perdido ánimos, y estaban tan dóciles que antes de llegar a San Rafael ya habían sacado las amarras con Pañuelo Amarillo a la cabeza. En cuanto a George, fue su último viaje con la patrulla pesquera. Explicó que aquello no era lo suyo y que prefería un empleo de oficina en tierra.

EL REY DE LOS GRIEGOS

LA PATRULLA PESQUERA nunca había capturado a «Alejandro el Grande». Este presumía de que no existía quien pudiera capturarlo vivo, y la verdad era que de los muchos que habían tratado de capturarlo muerto, ninguno lo había logrado. Además, no había nadie que violase las leyes de pesca de manera más sistemática y deliberada que «Alejandro el Grande».

Le decían «Alejandro el Grande» por su enorme estatura. Medía menos de un metro noventa y tenía unos hombros y un tórax en proporción. Su musculatura era espléndida, y entre los pescadores circulaban innumerables relatos sobre su prodigiosa fortaleza.

Era tan arrojado y dominante como fuerte, y eso le había valido el que en general también se lo conociera por otro nombre, el de «Rey de los Griegos». Muchos de los pescadores eran griegos, y lo admiraban y lo obedecían como su jefe. Y como jefe suyo combatía por ellos, se encargaba de protegerlos, los rescataba de la ley cuando caían en las garras de ésta y hacía que en tiempos de peligro los unos protegieran a los otros y todos lo protegieran a él.

En los viejos tiempos, la patrulla pesquera había tratado de capturarlo muchas veces con resultados desastrosos, y había acabado por abandonar, de forma que cuando llegó la noticia de que venía a Benicia, yo tenía muchas ganas de verlo. Y no tuve que ir en su busca. Con su osadía habitual, lo primero que hizo al llegar fue ir a buscarnos. En aquella época Charley Le Grant y yo estábamos a las órdenes de un patrullero llamado Carmintel, y nos hallábamos los tres a bordo del Reno preparándonos para salir cuando llegó a bordo «Alejandro el Grande». Era evidente que Carmintel ya lo conocía, pues se dieron la mano como quienes ya se han visto muchas veces. «Alejandro el Grande» no nos hizo caso a Charley ni a mí.

-He venido a pescar esturión un par de meses -le dijo a Carmintel.

Al hablar le brillaban los ojos desafiantes, y vimos que el patrullero bajaba la mirada.

-Muy bien, Alejandro -dijo Carmintel en voz baja-. No seré yo quien te lo impida. Ven al camarote y podemos charlar.

Cuando ingresaron y cerraron las puertas, Charley me hizo un guiño muy lento. Pero yo no era más que un muchacho, recién llegado al mundo de los adultos y a las cosas de los adultos, de manera que no comprendí. Tampoco Charley se explicó, aunque me dio la sensación de que en todo aquello había algo turbio.

-¿Qué vas a hacer cuando se ponga a pescar esturiones? -pregunté- Seguro que utiliza un «palangre chino»

Charley se encogió de hombros y dijo enigmáticamente:

-Lo que sea, sonara.

El «palangre chino» es un artilugio muy astuto inventado por la gente que le ha dado su nombre. Mediante un sistema sencillo de flotadores, contrapesos y anclas se cuelgan miles de anzuelos, cada uno de ellos de un ramal separado, entre 15 y 30 centímetros del fondo. Lo más notable de esos palangres son los anzuelos. No llevan lengüeta, sino que tienen la punta afilada como una aguja.

Cada anzuelo está separado solo unos centímetros del otro, y cuando se cuelgan unos miles de ellos junto al fondo, formando una hilera como los flecos de una cortina, a lo largo de unas 200 brazas, presentan un obstáculo formidable a los peces que se desplazan en el fondo.

Uno de aquellos peces es el esturión, que va hozando por ahí como un cerdo, y al que de hecho hay quien llama «pez cerdo». Cuando le pincha el primer anzuelo que toca, el esturión da un salto de susto y entra en contacto con de media docena más de anzuelos. Entonces se pone a revolverse como loco hasta que se le clava un anzuelo tras otro en la carne blanda, y como los anzuelos le entran desde muchos ángulos diferentes, lo retiene cautivo hasta que muere.

Como no existe esturión que pueda salir vivo de palangre chino, las leyes de pesca clasifican a éste entre las trampas, y como amenaza con exterminar a los esturiones, las leyes de pesca lo declaran ilegal. Estábamos seguros que uno de esos palangres era lo que «Alejandro el Grande» se proponía tender abiertamente, en flagrante violación de la ley.

Pasaron varios días tras la visita de «Alejandro el Grande», y Charley y yo estuvimos muy atentos a lo que se hacía. Remolcó su barca de fondo plano en torno al muelle de Solano y hacía la cala grande del astillero de Turner.

Sabíamos que aquella cala era un buen sitio para el esturión y estábamos seguros de que allí era donde se proponía el Rey de los Griegos iniciar sus operaciones. La marea formaba torbellinos al entrar y salir de la cala y no permitía colocar ni levantar un palangre chino mas que en la estoa. De manera que, en las estoas, Charley y yo nos propusimos estar vigilando el uno o el otro desde el muelle de Solano.

Al cuarto día, cuando estaba yo echado al sol detrás de la escalera del muelle, vi que de la costa de enfrente salía un esquife que bogaba adentrándose en la cala. En un instante me llevé los

prismáticos a los ojos y me dediqué a seguir cada uno de los movimientos del esquiife. Iban en él dos hombres, y aunque estaban a más de dos millas, distinguí que uno de ellos era Alejandro el Grande, y antes de que el esquiife volviera a tierra pude ver lo suficiente para saber que el griego había echado el palangre.

-Alejandro el Grande ha echado un palangre chino en la cala frente al astillero de Turner -le dijo aquella tarde Charley Le Grant a Carmintel.

Por la cara del patrullero pasó una expresión fugaz de ira, y luego dijo:

-¿Ah sí? -con aire ausente. Nada más.

Charley se mordió el labio con ira contenida y giró sobre sus talones. Más tarde, cuando acabábamos de terminar de baldear la cubierta del Reno y estábamos preparándonos para irnos a la cama, me preguntó:

-¿Estás dispuesto tú, muchacho?

Se me hizo un nudo en la garganta, y no pude hacer mis que asentir con la cabeza.

-Bueno -dijo Charley con los ojos brillantes y tono decidido-, pues tenemos que capturar a Alejandro el Grande entre los dos, tú y yo, y tenemos que lograrlo a despecho de Carmintel.

No era trabajo fácil. Para que se pudiera condenar a alguien por pesca ilegal era necesario atraparlo in fraganti, con todas las pruebas de su delito: los anzuelos, los sedales, los pescados y el propio pescador. Aquello significaba que teníamos que agarrar a Alejandro en la mar, donde podía vernos llegar y preparamos una de aquellas cálidas recepciones que le habían dado fama.

-No hay vueltas -dijo Charley una mañana, si podemos abarloarlo tenemos una posibilidad, y lo único que nos queda es tratar de abarloarlo. ¡Vamos, chico!

Estábamos en la salmonera del río Columbia, la que habíamos utilizado contra los camaroneros chinos, como he relatado en una experiencia anterior. Estábamos en la estoa. Y cuando dimos la

vuelta al muelle de Solano vimos a Alejandro el Grande que trabajaba en su palangre e iba sacando los pescados.

-Cambia de sitio -me ordenó Charley-, y llévanos justo a popa de él, como si fueras a entrar en el astillero.

Tomé la caña del timón y Charley se sentó en un banco en los medios, con el revólver al alcance de la mano.

-Si comienza a disparar -advirtió-, tírate al fondo y gobierna desde ahí, para que no te quede al descubierto más que la mano.

Asentí y después continuamos en silencio, mientras el bote se deslizaba suavemente por el agua y nos acercábamos cada vez más a Alejandro el Grande. Lo podíamos ver con toda claridad mientras acababa a los esturiones con el bichero, los echaba al fondo de su barca y su compañero tiraba de palangre, y les arrancaba los anzuelos antes de volver a echar estos últimos al agua. Pero todavía estábamos a 500 metros de distancia cuando nos llamó el hombretón:

-¡Eh! ¡Vosotros! ¿Qué queréis? -gritó.

-Sigue adelante -susurró Charley-; haz como que no lo has oído.

Los momentos siguientes fueron de ansiedad. El pescador nos estudiaba atento y nosotros nos acercábamos más a cada segundo.

-¡Si no queréis tener un disgusto, no os acerquéis más! -exclamó repentinamente como si acabara de determinar quiénes y qué éramos-. ¡Si no, os vais a enterar!

Se llevó un fusil al hombro y me apuntó.

-Y ahora, ¿vais a largaros? -preguntó.

Oí que Charley soltaba un gruñido de desilusión y me susurraba:

-Apártate. Por ahora, no hay nada que hacer.

Levantó la caña y soltó la escota, y la salmonera se apartó cinco o seis cuartas. Alejandro el Grande se quedó contemplándonos hasta que quedamos fuera de su alcance, y

entonces volvió a su trabajo.

-Más vale que dejes en paz a Alejandro el Grande -dijo Carmintel en tono un tanto agrio a Charley aquella noche.

-¿Con que se te ha venido a quejar, eh? -preguntó Charley con voz intencionada.

Carmintel se ruborizó hasta las orejas y repitió:

-Te digo que más vale que lo dejes en paz. Es un tipo peligroso y no es rentable hacer el tonto con él.

-Si -replicó Charley sin elevar la voz-; ya he oído que es más rentable dejarlo en paz.

Eso era un ataque directo a Carmintel, y por la expresión que puso vimos que se había dado cuenta. Porque todo el mundo sabía que a Alejandro el Grande le daba lo mismo sobornar a alguien que pelearse con él, y que en los últimos años más de un patrullero había recibido dinero del pescador.

-¿Quieres decir...? -empezó Carmintel con tono de matón. Pero Charley lo interrumpió inmediatamente:

-No quiero decir nada. Ya has oído lo que te he dicho, y el que se pica...

Se encogió de hombros y Carmintel se quedó contemplándolo mudo.

-Lo que nos hace falta es un poco de imaginación -me dijo Charley un día, cuando nos habíamos acercado a Alejandro el Grande en la niebla matutina y él nos había recibido a tiros.

Y a partir de entonces pase una serie de días devanándome los sesos y tratando de imaginar alguna forma de que dos hombres pudieran, en aguas abiertas, capturar a otro que sabía utilizar un fusil y que nunca se separaba de él. Regularmente, a cada estoa, sin disimulos, descarada y abiertamente en medio de la ancha bahía, se veía a Alejandro el Grande con su palangre. Y lo que hacía que aquello fuera más exasperante era que no había un pescador, desde Benicia hasta Vallejo, que no estuviera enterado de que nos desafiaba con total éxito.

También Carmintel nos fastidiaba, porque nos hacía ocuparnos entre los pescadores de arenque de San Pablo, de forma que nos quedaba poco tiempo para dedicarnos al Rey de los Griegos. Pero como la mujer y los hijos de Charley vivían en Benicia, allí habíamos instalado nuestro cuartel general, y allí volvíamos siempre.

-¿Sabes lo que podemos hacer? -dije un día al cabo de varias semanas infructuosas-. Podemos esperar a una estoa hasta que Alejandro el Grande haya sacado el palangre y desembarcado con el pescado, y entonces podemos salir y capturarlo el palangre. Hasta que prepare otro le va a llevar tiempo y dinero, y entonces podemos ver cómo se lo capturamos también. Si no podemos agarrarlo, por lo menos podemos hacer que se canse, ¿no?

Charley estuvo de acuerdo y dijo que no era mala idea. Esperamos a una oportunidad y a la siguiente estoa de la marea baja, cuando Alejandro el Grande sacó su pescado y volvió a tierra, salimos con la salmonera. Habíamos tomado la marcación por cotas desde la costa y sabíamos que no nos iba a costar trabajo encontrarlo. Estaba empezando a subir la marea cuando llegamos a donde creíamos que estaba tendido el palangre y lanzamos el ancla de un bote de pesca. Le pusimos un cabo corto, de forma que apenas si rozaba el fondo, y empezamos a arrastrarla con cuidado hasta que golpeó en algo y la barca se paró de pronto.

-¡Ya lo tenemos! -gritó Charley-. ¡Ven a echar una mano para subirlo a bordo!

Tiramos juntos de la cuerda hasta que salió a la superficie el ancla con el palangre de los esturiones enganchado en una de las uñas. Brillaron ante nuestros ojos docenas de aquellos anzuelos asesinos cuando sacamos el ancla del todo, y acabábamos de empezar a tirar del palangre hasta el extremo, para comenzar a levantarlo, cuando nos alarmó un golpetazo en la lancha.

Miramos alrededor, pero no vimos nada y volvimos a nuestra tarea. Un instante después volvió a sonar otro golpetazo igual y

saltó en pedazos la borda entre el cuerpo de Charley y el mío.

-Eso se parece mucho a una bala, muchacho -dijo en tono reflexivo-. Y tira de lejos, el tal Alejandro el Grande. Está usando pólvora de esa sin humo -concluyó tras examinar la costa a una milla de distancia-; por eso no podemos ver dónde está.

Miré hacia la costa, pero no vi ninguna señal de Alejandro el Grande, que sin duda estaba escondido entre algunas rocas y nos tenía a su merced. Una tercera bala dio en el agua, rebotó y pasó silbando por encima de nuestras cabezas, para volver a hundirse en el agua lejos de nosotros.

-Creo que más valdrá que nos marchemos -observó Charley tranquilo-. ¿Qué te parece, muchacho?

A mí me parecía lo mismo, y dije que de todos modos no nos hacía falta el palangre. En vista de eso, largamos e izamos la vela tarquina. Inmediatamente cesaron los disparos y nos alejamos, desagradablemente conscientes de que Alejandro el Grande se reía de nuestros apuros.

Lo peor fue que al día siguiente, en el muelle pesquero, mientras inspeccionábamos las redes, se dedicó a reírse y burlarse de nosotros, y delante de todos los pescadores. A Charley se le puso la cara negra de rabia, pero se controló bien y se limitó a prometerle a Alejandro el Grande que al final podía estar seguro de que lo iba a meter entre rejas.

El Rey de los Griegos lanzó entonces su frase de que no había patrulla pesquera que lo hubiera atrapado ni que pudiera hacerlo, y los pescadores lo aplaudieron y dijeron que era verdad.

Empezaron a animarse y durante un momento pareció que iba a haber problema, pero Alejandro el Grande afirmó su monarquía y los apaciguó.

También Carmintel se rió de Charley con comentarios sarcásticos, y se dedicó a ponerle todas las dificultades posibles. Pero Charley se negó a enfadarse, si bien me dijo confidencialmente que aunque le llevara el resto de sus días iba a

capturar a Alejandro el Grande.

-No sé cómo voy a lograrlo -dijo-, pero como me llamo Charley Le Grant, que lo agarro. No tengas miedo, que seguro que se me ocurrirá una idea cuando llegue el momento.

Y efectivamente llegó el momento, y de la forma más inesperada.

Había pasado todo un mes y no hacíamos más que remontar y bajar el río y cruzar la bahía de un lado a otro, sin un momento libre que dedicar a aquel pescador que tendía un palangre chino en la cala del astillero de Turner. Una tarde estábamos visitando la fundición de Selby en servicio de patrulla cuando, de la forma más imprevista, se presentó la oportunidad.

Apareció en forma de un yate inutilizado lleno de gente mareada, de modo que no era de prever que lo reconociésemos como tal oportunidad. Se trataba de una balandra grande y estaba inutilizada porque los alisios soplaban muy fuertes y a bordo no había marineros expertos.

Desde el amarradero de Selby contemplamos sin gran interés cómo aquellos marineros de agua dulce hacían la maniobra de echar torpemente el ancla del yate y con igual torpeza bajaban el chinchorro.

Un hombre con cara de sentirse muy mal, vestido con un traje blanco empapado, nos pasó la boza, después de casi lograr que el chinchorro naufragase en la mar agitada, y saltó a tierra. Andaba tambaleándose, como si el amarradero estuviera moviéndose, y nos contó sus problemas, que eran los problemas del yate.

El único buen marinero que había a bordo, del que dependían todos, había tenido que volver a San Francisco después de recibir un telegrama, y los demás habían tratado de continuar el crucero por sí solos. Los vientos fuertes y la mar gruesa de la Bahía de San Pablo habían sido demasiado para ellos, todos estaban mareados y nadie sabía nada ni podía hacer nada, y por eso se

habían acercado a la fundición para abandonar el yate o conseguir que alguien lo llevara a Benicia. En resumen, ¿conocíamos nosotros a algún marinero que quisiera llevar el yate hasta Benicia?

Charley me miró. El Reno estaba anclado en lugar seguro. No teníamos trabajo de la patrulla que hacer hasta medía noche. Con el viento que estaba soplando podíamos llevar el yate a Benicia en un par de horas, pasar varias horas más en tierra y volver a la fundición en el tren de la tarde.

-Muy bien, capitán -dijo Charley al desconsolado señorito, que sonrió con expresión enfermiza ante el título.

-No soy más que el propietario -explicó.

Lo llevamos a remo hasta el yate con mucho mejor estilo que el empleado por él para venir a tierra y pudimos ver por nuestros propios ojos lo indefensos que estaban los pasajeros.

Serían una docena entre hombres y mujeres, y todos ellos estaban demasiado mareados para dar ni siquiera muestras de alegría al vernos aparecer. El yate seguía balanceándose brutalmente de flanco, y apenas el propietario tocó con los pies en cubierta se derrumbó y se quedó como los demás.

Nadie podía echarnos una mano, de forma que entre Charley y yo arreglamos el aparejo, que estaba enredadísimo, izamos las velas y levamos el ancla.

Fue una travesía dura, aunque rápida. El Estrecho de Karniques era un caos de espuma y neblina, y lo cruzamos a toda velocidad y viento en popa, con la gran vela mayor a ratos lacia y otras veces con el botalón apuntando hacia el cielo en nuestro avance furioso.

Pero a aquella gente le daba igual. Todo les daba igual. Dos o tres de ellos, comprendido el propietario, estaban despatarrados en la cabina, temblando cuando el yate se levantaba y se echaba a correr, o se hundía vertiginosamente en el seno de una ola, y en los momentos intermedios contemplaban la costa con miradas

ansiosas. El resto estaba agrupado en el suelo del camarote, tendidos entre cojines en el suelo. De vez en cuando uno lanzaba un gemido, pero por lo general estaban tan lacios e inmóviles como si ya hubieran muerto.

Al abrirse ante nosotros la cala del astillero de Turner, Charley se metió en ella para entrar en aguas más tranquilas.

Se podía ver Benicia, e íbamos deslizándonos por aguas relativamente fáciles cuando apareció en frente de la proa de nuestro barco la mota de un botecillo.

Era el momento de estoa de la marea baja. Charley y yo nos miramos. No dijimos ni una palabra, pero inmediatamente el yate empezó a actuar del modo más extraño, con el zig-zag y vacilaciones como si estuviera al timón el aficionado más inexperto del mundo.

Era un espectáculo impropio de un marino. Cualquiera podría imaginarse que un yate desbocado corría locamente de un lado a otro de la cala, aunque de vez en cuando cedía a las tentativas de control, en una tentativa desesperada de llegar a Benicia.

El propietario se olvidó de su mareo el tiempo suficiente para adoptar un gesto de preocupación. La mota del botecillo empezó a hacerse cada vez mayor, hasta que pudimos ver a Alejandro el Grande y su compañero, que con un largo de sedal de esturión enganchado a un soporte, descansaban de su faena y se reían de nosotros.

Charley se bajó el sueste por encima de los ojos y yo seguí su ejemplo, aunque no podía imaginarme la idea que evidentemente había concebido y que se proponía ejecutar.

Llegamos espumeantes al costado del esquife, tan pegados a él que por encima del viento podíamos oír las voces de Alejandro el Grande y su compañero, que nos gritaban con ese desprecio que todos los marineros profesionales sienten por los aficionados, especialmente cuando los aficionados están haciendo el ridículo.

Pasamos a toda vela junto a los pescadores y no pasó nada.

Charley sonrió al ver el desencanto que se pintaba en mi rostro, y después gritó:

-¡Listo para acuartelar la vela mayor!

Puso el timón todo a la banda y el yate giró obediente. La vela mayor aflojó y quedó lacia, y después salió disparada por encima de nuestras cabezas tras el botalón y se tensó con un restallido en el racamento. El yate se escoró casi sobre los baos y sus mareados pasajeros emitieron un gran gemido colectivo al resbalar por el piso del camarote en una masa confusa y caer amontonados en las literas de estribor.

Pero no había tiempo que dedicarles. El yate, al terminar la maniobra, aprobó a barlovento con las lonas restallantes y ya enderezado sobre la quilla. Seguíamos avanzando muy rápidos, y el esquife estaba justo en nuestro camino. Vi que Alejandro el Grande se tiraba rápido al agua y que su compañero saltaba para agarrarse a nuestro bauprés.

Entonces sonó el golpe al chocar nosotros con el bote, y una serie de tableteos mientras iba pasando bajo nuestra quilla.

-¡Se le acabó el fusil! -escuchó murmurar a Charley que saltó a cubierta a ver dónde estaba Alejandro el Grande, que flotaba algo a popa.

El viento y el mar frenaron rápidamente nuestro avance, y empezamos a volver a la deriva, lentamente, hacia el punto en que antes estaba el esquife. Surgieron la cabeza negra de Alejandro el Grande y su cara cetrina al alcance de la mano, y sin que sospechara nada, indignado por lo que interpretaba como torpeza de unos marineros aficionados, lo subimos a bordo. Además, estaba sin aliento, pues había buceado hasta muy hondo y se había quedado bajo el agua mucho rato para eludir nuestra quilla.

Al momento siguiente, con gran perplejidad y consternación del propietario, Charley se había echado encima de Alejandro el Grande en la cabina y yo estaba ayudándolo a amarrarlo con matafioles.

El propietario saltaba arriba y abajo, nerviosísimo, pero para entonces el compañero de Alejandro el Grande había trepado por el bauprés y llegado a popa y miraba aprensivo a la cabina por encima de la regala. Charley le echó un brazo al cuello y el tipo cayó de espalda junto a Alejandro el Grande.

-¡Más matafioles! -gritó Charley, y me apresuré a dárselos.

El esquife destrozado se balanceaba pesadamente a corta distancia a barlovento, y orienté las velas mientras Charley tomaba el timón y aproaba hacia él.

-Estos dos hombres son unos delincuentes empedernidos -explicó al enfadado propietario-, y son los infractores más persistentes de las leyes sobre caza y pesca. Ha visto usted cómo los atrapábamos in fraganti, y puede usted esperar una citación de comparecencia como testigo de cargo cuando se celebre el juicio.

Mientras hablaba iba doblando en torno al esquife. El palangre se había cortado, pero había un largo pegado a los restos de la embarcación. Subió 12 ó 15 metros de sedal, con un esturión pequeño todavía enganchado en una maraña de anzuelos sin lengüeta, de un navajazo separó esos metros del resto, y los tiró dentro de la cabina junto con nuestros prisioneros.

-Y ahí está la prueba, la prueba número 1 de la acusación -continuó Charley-. Contéplela cuidadosamente para que pueda identificarla en la sala, junto con el lugar y la hora de la captura.

Y luego, triunfalmente, - sin más vacilaciones ni desviaciones, fuimos hacia Benicia, con el Rey de los Griegos bien atado en la cabina, prisionero por primera vez en su vida, de la patrulla pesquera.

INCURSIÓN CONTRA LOS OSTREROS FURTIVOS

DE LOS DISTINTOS PATRULLEROS a cuyas órdenes hemos trabajado, creo que Charley Le Grant y yo estábamos de acuerdo en que Neil Partington era el mejor. No era deshonesto ni cobarde, y aunque exigía una obediencia estricta cuando estábamos a sus órdenes, al mismo tiempo nuestras relaciones eran de amigable camaradería, y nos permitía una libertad a la que por lo general no estábamos acostumbrados, como demostrará el presente relato.

La familia de Neil vivía en Oakland, que está en la Bahía Baja, a menos de seis millas frente a San Francisco. Un día, mientras estaba de vigilancia entre los camaroneros chinos de Punta San Pedro, recibió la noticia de que su mujer estaba muy enferma, y aquel mismo día, en menos de una hora, el Reno salió para Oakland, con una fuerte brisa del noroeste a popa. Arribamos al estuario de Oakland y lanzamos el ancla, y en los días siguientes, mientras Neil estaba en tierra, arreglamos la arboladura del Reno,

le cambiamos el lastre, lo rascamos todo y dejamos la balandra en las mejores condiciones posibles.

Realizado esto, nos empezó a parecer largo el tiempo. La esposa de Neil estaba gravísima, y teníamos en perspectiva una semana de espera hasta que pasara la crisis. Charley y yo nos paseábamos por los muelles, preguntándonos qué hacer, y así fue como tropezamos con la flota ostrera, que estaba en el muelle de Oakland. En general, se trataba de barcos ligeros, construidos para alcanzar grandes velocidades y afrontar el mal tiempo, y nos sentamos en la escalera del muelle a estudiarlos.

Había vendedores ambulantes que llevaban los carretillos hasta el borde del muelle y logré enterarme del precio al que iban las ostras.

-Ese bote debe tener, por lo menos, un valor de 200 dólares a bordo calculé-. Me gustaría saber cuánto tiempo lleva sacar una cantidad así.

-Tres o cuatro días -contestó Charley-. No está mal para dos hombres.

El bote de que comentábamos, el Fantasma, estaba inmediatamente debajo de nosotros. Tenía una tripulación de dos hombres, uno de ellos un tipo rechoncho de hombros muy anchos y brazos muy largos, como los de un gorila; el otro, alto y bien proporcionado, ojos de color claro y un mechón de pelo negro y liso. Tan rara y llamativa era aquella combinación de ojos y pelo que Charley y yo nos quedamos allí más tiempo del previsto, observando a aquel individuo.

E hicimos bien. Después llegó un hombre ya mayor, robusto y de aire próspero, que se puso a nuestro lado a mirar la cubierta del Fantasma. Parecía estar muy enfadado, y cuanto más miraba, más enfadado se ponía. -Esas ostras son mías -dijo por fin-. Sé que son las mías. Anoche vinisteis a mi criadero a robármelas.

Los del Fantasma levantaron la vista.

-Hola, Taft -dijo el más bajo con una familiaridad insolente (entre la gente de la Bahía se había ganado el apodo de «El Ciempiés»). ¿De qué te quejas ahora?

-Esas ostras son mías, ya te lo he dicho. Me las habéis robado de mis criaderos.

-Eres muy listo, ¿no? -replicó burlón el Ciempiés-. Eres tan listo que distingues tus ostras de las demás a simple vista, ¿verdad?

-¡Estoy seguro de que son las mías! -exclamó el señor Taft.

-¡Demuéstralo! desafió el más alto, a quien según supimos después llamaban «El Delfín» por lo estupendamente que nadaba.

El señor Taft se encogió de hombros, impotente. Naturalmente que no podía demostrar que aquellas ostras fueran suyas, por seguro que estuviese.

-¡Daría mil dólares por ponerlos entre rejas! -gritó-. ¡Voy a ofrecer cincuenta dólares por la detención y la condena de cada uno de vosotros, de todos y cada uno!

De los distintos botes llegó una tempestad de carcajadas, pues el resto de las tripulaciones estaban escuchando la conversación.

-Las ostras dan más dinero -observó tranquilo el Delfín.

El señor Taft giró sobre sus talones y se marchó. Charley miró por el rabillo del ojo qué dirección tomaba. Un momento después, cuando dio la vuelta a la esquina, Charley se puso en pie perezosamente. Lo seguí y salimos despaciosos en dirección opuesta a la que había tomado el señor Taft.

-¡Vamos! ¡Aprisa! -susurró Charley en cuanto nos perdimos de la vista de la flota ostrera.

Inmediatamente cambiamos de dirección y fuimos cortando camino y corriendo por las callejuelas laterales hasta que delante de nosotros apareció la figura del señor Taft.

-Quiero hablar con él de esa recompensa -explicó Charley mientras nos íbamos acercando al propietario de los criaderos de ostras-. Neil se va a quedar una semana aquí y más nos vale tener algo que hacer aquí entre tanto.

-¡Claro que sí! ¡Claro que sí! dijo el señor Taft cuando Charley se presentó y le explicó lo que quería-. Esos ladrones me están robando miles de dólares al año. Como ya he dicho, ofrezco cincuenta dólares por cabeza, y no me parece demasiado. Me han robado los criaderos, me han destrozado los letreros, han aterrorizado a mis guardas y el año pasado mataron a uno de ellos. No se pudo demostrar nada. Lo hicieron todo en la oscuridad de la noche. Los detectives no pudieron hacer nada. Nunca hemos logrado detener ni a uno de esos hombres. De manera que por eso le digo, señor... ¿cómo dijo que se llamaba?

-Le Grant -contestó Charley.

-Por eso le digo, señor Le Grant, que le agradezco mucho el ofrecimiento de ayuda que me hace. Y colaboraré gustosamente con usted en todo lo que sea. Puede usted disponer de mis guardas y de mis barcos. Venga a verme a mi oficina de San Francisco cuando quiera, o telefonéeme. Y gaste todo lo que haga falta.

-Vamos a ver a Neil -dijo Charley cuando se marchó el señor Taft.

No sólo no opuso Neil Partington ningún obstáculo a nuestra aventura, sino que resultó sernos muy útil.

Charley y yo no sabíamos nada de la industria de la ostra, pero Neil tenía en la cabeza toda una enciclopedia de datos. Además, al cabo de una hora o así nos presentó a un chico griego de 17 ó 18 años que estaba al tanto de todos los detalles de los furtivos.

Más vale que explique que los de la patrulla pesquera éramos trabajadores autónomos, en cierto sentido. Mientras que Neil Partington, como patrullero de plantilla, estaba en nómina, Charley y yo, que éramos meros ayudantes, no cobrábamos más que lo que nos ganábamos, es decir, un determinado porcentaje de las multas impuestas, a los infractores convictos de las leyes de pesca. Y además, las recompensas, si las había, las cobrábamos nosotros.

Ofrecimos compartir con Partington lo que nos diera el señor

Taft, pero el patrullero no quiso ni oír hablar del asunto. Nos dijo que celebraba podernos hacer un favor, después de tantos como nosotros le habíamos hecho a él.

Celebramos un largo consejo de guerra y trazamos el siguiente plan de acción. Nosotros éramos unos desconocidos en la Bahía Baja, pero el Reno era conocidísimo como balandra de la patrulla pesquera, de forma que el chico griego, que se llamaba Nicholas, y yo iríamos en algún barco de aspecto inocente hasta la Isla de los Espárragos para unirnos a la flota de los ostreros furtivos. Allí, según la descripción que hizo Nicholas de los criaderos y de la forma en que los saqueaban, podríamos agarrar a los furtivos en el acto de robar las ostras y al mismo tiempo dejarlos a nuestra merced. Charley estaría en tierra, con los guardas del señor Taft y un grupo de agentes de policía, para ayudarnos en el momento oportuno.

-Ya sé el barco que os hace falta -dijo Neil al terminar la charla- una balandra absurda y viejísima que está varada en Tiburón. Nicholas y tú podéis ir en el transbordador, fletarla por cuatro perras e iros directamente a los criaderos.

Cuando nos separamos, dos días después nos dijo: -Que tengáis suerte, chicos. Recordad que son tipos peligrosos, de manera que tened cuidado.

Nicholas y yo logramos fletar la balandra muy barato, y entre risas, mientras izábamos velas, convinimos en que era todavía más absurda y más vieja de lo que nos había hecho esperar la descripción de Neil. Se trataba de una embarcación de quilla plana, grande, con la popa cuadrada, aparejo de balandra, un mástil rajado, el cordaje flojo, las velas medio deshechas y una maniobra desastrosa, marcha torpe y timón incierto, y olía que apestaba a brea de alquitrán, con cuyo extraño material estaba untada de popa a proa, y del techo del camarote hasta la punta de la orza. Para acabar de arreglarlo, tenía pintado en grandes letras blancas el nombre de Maggie la Embreada a todo lo largo de cada costado.

Tuvimos una travesía tranquila, aunque bastante cómica, desde Tiburón hasta la Isla de los Espárragos, donde llegamos al día siguiente por la tarde. Los furtivos, en una docena de balandras, estaban anclados en los llamados «criaderos abandonados». Maggie la Embreada llegó dando tumbos entre ellos, con una ligera brisa de popa, y todos salieron a cubierta a mirarnos. Nicholas y yo le habíamos aprendido las mañas a aquella barca absurda y la maniobramos para dar la peor impresión posible.

-¿Qué es eso? -preguntó alguien.

-El que lo sepa que se lo quede... -gritó otro.

-¡Apuesto a que es el Arca de Noé! -se burló el Ciempiés desde el Fantasma.

No hicimos caso de las bromas, sino que, cual meros novatos, actuamos como si Maggie la Embreada exigiera toda nuestra atención. Aparentemente, se debió a nuestra torpeza el que la cadena se enredara e impidiese que el ancla llegara al fondo. Y aparentemente, Nicholas y yo estábamos muy nerviosos mientras tratábamos de arreglar aquello. En todo caso, engañamos perfectamente a los furtivos, que se divertieron enormemente con nuestro problema.

Pero la cadena siguió enredada, y mientras recibíamos toda clase de consejos burlones, fuimos pasando a la deriva y chocamos con el Fantasma, cuyo bauprés se nos metió en la vela mayor y la rasgó casi de parte a parte. El Ciempiés y el Delfín se morían de risa en la cabina, y nos dejaron que lo arreglásemos lo mejor que pudiéramos. Así lo hicimos de la manera menos marinera posible, y también desenredamos la cadena del ancla, y soltamos unos 90 metros de ella. Como el calado no pasaría de los tres metros, ello permitiría a Maggie la Embreada desplazarse en un círculo de 180 metros de diámetro, en cuyo círculo podía chocar con, por lo menos, la mitad de la flota.

Los furtivos estaban anclados muy cerca unos de otros, unidos con estacas cortas, pues hacía buen tiempo, y protestaron a voces

contra nuestra ignorancia por echar tantísima cadena. Y no se limitaron a protestar, sino que nos hicieron volver a llevarla casi toda y no dejar más que unos nueve metros.

Tras impresionarlos suficientemente con nuestra falta general de capacidad marinera, Nicholas y yo bajamos a felicitarnos y a preparar la cena. Apenas habíamos terminado de comer y de lavar los platos cuando rozó un chinchorro contra el costado de Maggie la Embreada y sonaron pisotones en cubierta. Después apareció en la escala de cámara la cara brutal del Ciempiés, que bajó al camarote acompañado del Delfín. Antes de que pudieran sentarse en una litera llegó otro chinchorro, y luego otro y otro, hasta que toda la flota estuvo representada en el grupo que teníamos en el camarote.

-¿Dónde habéis afanao este leño? -preguntó un hombre rechoncho y peludo, con ojos crueles y cara de mexicano.

-¡No lo hemos afanao! -respondió- Nicholas, haciéndoles frente en su propio terreno, para alentar la idea de que sí lo habíamos robado-. Y, además, ¿qué pasa si es afanao?

-Preferiría pudrirme en una playa antes que llevarme un leño que no puede ni navegar a derechas -se burló el de la cara de mexicano.

-¿Y cómo vamos a saberlo hasta que lo hayamos probao? -preguntó Nicholas con expresión tan inocente que a los otros les dio risa. Y siguió inmediatamente:

-Y, ¿dónde están las ostras? Lo que queremos es llevarnos un montón, que es a lo que hemos venido, a llevarnos un montón de ostras.

-¿Pa qué las queréis? -preguntó el Delfín.

-Hombre, pa convidar a nuestros amigos -replicó Nicholas-. Igual que hacéis vosotros, digo yo.

Eso volvió a hacerlos reír, y como nuestros visitantes cada vez estaban de mejor humor, comprendimos que no sospechaban nuestra identidad ni nuestro objetivo.

-¿No te vi el otro día en el muelle de Oakland? -me preguntó el Ciempiés.

-Sí -respondí directamente-. Estaba mirándoos y me pregunté si valía la pena ir a ostras o no. He calculado que debe ser buen negocio y por eso hemos venido. Bueno -me apresuré a añadir-, si no os importa a vosotros.

-Te voy a decir una cosa -contestó-, y es que vas a tener que encargarte de conseguir una barca mejor que ésta. No nos puedes avergonzar con un leño así. ¿Comprendes?

-¡Claro que sí! -dije-. En cuanto que vendamos unas cuantas ostras nos pondremos a punto.

-Y si eres legal y buen compañero -continuó-, pues puedes venir con nosotros. Pero si no -y ahora habló con voz seria y amenazadora-, pues puedes pasarlo lo peor de tu vida. ¿Comprendes?

-¡Claro! -dije.

Luego, tras más advertencias y amenazas del mismo estilo, la conversación se generalizó y nos enteramos de que iban a saquear los criaderos aquella misma noche. Cuando volvieron a sus barcos tras pasar una hora con nosotros, nos invitaron a sumarnos a la operación, con la frase de «cuantos más, mejor».

-¿Has visto a ese tío bajito con aire de mexicano? -preguntó Nicholas cuando volvieron todos a sus balandras-. Es Barchi, de la Banda de los Deportistas, y el que vino con él es Skilling. Los dos están en libertad provisional con 5.000 dólares de fianza.

Ya había oído yo hablar de la Banda de los Deportistas, una partida de gamberros y delincuentes que tenía aterrada a la parte baja de Oakland, dos terceras partes de los cuales solían encontrarse siempre en las prisiones del Estado por delitos que iban desde el perjurio y el pucherazo electoral hasta el asesinato.

-No siempre están de furtivos de ostras -continuó Nicholas-. Esos han venido a divertirse y a sacarse unos dólares. Pero tenemos que andarnos con cuidado con ellos.

Nos quedamos sentados en la cabina comentando los detalles de nuestro plan hasta después de las once, cuando oímos el ruido de un remo que llegaba de la dirección del Fantasma. Bajamos nuestro propio chinchorro, echamos dentro unos cuantos sacos y fuimos remando hasta allí. Nos encontramos con que se habían reunido todos los chinchorros, pues se trataba de robar las ostras en grupo.

Descubrí sorprendido que apenas si había 30 centímetros de agua, cuando al echar el ancla pasaba de los 3 metros. Era la temporada de las grandes mareas de la luna llena de junio, y como todavía quedaba hora y media de marea baja, comprendí que nuestro anclaje quedaría completamente en seco antes de que llegara la estoa.

Los criaderos del señor Taft estaban a tres millas de distancia, y pasamos mucho rato remando en silencio en la estela de los otros botes, a veces encallando y en todo momento rozando el fondo con los remos. Por fin llegamos a una extensión de barro cubierto por 5 centímetros de agua, como máximo, que no era suficiente para que flotaran los botes. Pero los furtivos saltaron inmediatamente al agua y seguimos avanzando, unas veces tirando de aquellos botes de quilla plana y otras empujándolos.

Luego de recorrer media milla por el barro llegamos a un canal profundo que remontamos a remo, entre paredes formadas por bajíos de ostras que se erguían en seco a ambos lados. Por fin llegamos a los criaderos. En uno de los bajíos, dos hombres nos gritaron que nos fuéramos. Pero el Ciempiés, el Delfín, Barchi y Skilling se pusieron a la cabeza y, seguidos por el resto de nosotros, por lo menos 30 hombres en 15 botes, continuamos remando hacia los guardas, que se retiraron ante una fuerza tan abrumadora, y volvieron a llevar su bote por el canal hacia el punto en que debía estar la costa. Además, el plan preveía que se retirasen.

Levantamos las proas de los botes para que descansaran en el lado de la costa de un gran bajío y todos, sacos en mano, nos

desplegamos y empezamos a recoger las ostras. De vez en cuando se abrían las nubes ante la cara de la luna y veíamos con claridad unas ostras muy grandes. En un momento quedaron llenos los sacos y los volvimos a llevar a los botes, de los que sacamos otros vacíos. Nicholas y yo volvíamos a menudo, preocupados, a los botes con nuestros sacos medio vacíos, pero siempre nos encontrábamos con uno u otro de los furtivos que iban o venían.

-No importa -dijo Nicholas-. No tenemos prisa. Cuando tengan que alejarse más para recogerlas les hará falta más tiempo para volver a los botes. Entonces pondrán los sacos llenos de pie para recogerlos cuando entre la marea y los chinchorros lleguen flotando hasta donde están ellos.

Pasó media hora y había empezado a entrar la marea cuando pasó precisamente eso. Dejamos a los furtivos con su trabajo y volvimos a escondidas a los botes. Uno por uno, sin hacer ruido, los empujamos y los atamos todos juntos en una especie de flotilla. Justo cuando estábamos empujando el último de los chinchorros, el nuestro, tropezamos con uno de aquellos hombres. Era Barchi. De un vistazo se dio cuenta de la situación y saltó hacia nosotros, pero nos alejamos de un fuerte empujón y quedó sumergido en agua que le cubría por encima de la cabeza. En cuanto volvió al bajío levantó la voz para dar la alarma.

Remamos con todas nuestras fuerzas, pero con tantos botes que remolcar íbamos despacio. Sonó un tiro de pistola desde el bajío, un segundo y un tercero, y después fueron auténticas andanadas. Nos silbaban las balas por todas partes, pero la luna estaba tapada por nubarrones, y en aquella oscuridad disparaban al azar. No podían acertarnos más que por casualidad.

-¡Ojalá tuviéramos una lancha! -jadeé.

-Yo prefiero que la luna siga tapada -jadeó en respuesta Nicholas.

Era una tarea lenta, pero a cada golpe de remo nos alejábamos más del bajío y nos acercábamos más a la costa, hasta que por fin

cesaron los disparos, y cuando salió la luna estábamos demasiado lejos para correr ningún peligro. Poco después respondimos a una voz desde tierra y se nos acercaron a toda prisa dos lanchas costeras, cada una de ellas impulsada por tres pares de remos. Se inclinó sobre nosotros la cara de Charley, que nos agarró de las manos mientras exclamaba:

¡Estupendo! ¡Sois estupendos los dos!

Una vez llevada a tierra la flotilla, Nicholas y yo, con uno de los guardas, salimos a remo en una de las lanchas costeras, con Charley en la tilla de popa. Nos siguieron otras dos lanchas, y como ahora la luna lucía clara, podía ver fácilmente a los furtivos en su bajío solitario. Cuando nos acercamos dispararon una ráfaga de sus revólveres y nos retiramos lejos de su alcance.

-Hay tiempo de sobra dijo Charley-. La marea entra muy rápido, y cuando les llegue el agua al cuello no van a tener más ganas de pelea.

Así que descansamos sobre los remos y esperamos a que la marea hiciera su trabajo. Ese era el problema que tenían los furtivos: igual que bajaba mucho, la marea venía luego a entrar con gran violencia, y ni siquiera el mejor nadador del mundo podía desafiar la distancia de tres millas que quedaban hasta las balandras. Entre los furtivos y la costa estábamos nosotros, lo que les impedía escapar en esa dirección. Además, el agua iba subiendo rápidamente por los bajíos, y no era más que cuestión de horas hasta que les llegase a cubrir por encima de la cabeza.

Hacía una calma bellísima, y a la luz brillante de la luna los observábamos con los prismáticos nocturnos, mientras le contábamos a Charley la travesía a bordo de Maggie la Embreada. Llegó primero la una y luego las dos de la mañana, y los furtivos estaban apiñados en el punto más alto de los bajíos, con el agua hasta la cintura.

Justo entonces oí un gorgoteo apenas perceptible de agua y levanté la mano para pedir silencio, me di la vuelta y señalé hacia

una ondulación que se extendía lentamente en un círculo cada vez mayor. No estaría a más de 15 metros de nosotros.

Nos quedamos en total silencio y a la espera. Al cabo de un minuto se rompió el agua a dos metros de distancia, y a la luz blanca de la luna se vieron una cabeza negra y un hombro blanco. Con un borboteo de sorpresa y de exhalación repentina, la cabeza y el hombro volvieron a desaparecer.

Dimos unas cuantas remadas hacia adelante y dejamos que nos llevara la corriente. Cuatro pares de ojos surcaron la superficie del agua, pero no se volvió a ver ni una ondulación más, ni a avistar la cabeza negra y el hombro blanco.

-Es el Delfín -dijo Nicholas-. Tendría que hacer pleno día para que pudiéramos atraparlo.

Un cuarto para las tres los furtivos dieron la primera señal de debilidad. Escuchamos gritos de socorro, emitidos por la voz inconfundible del Ciempiés, y esta vez, cuando nos acercamos a remo, no nos dispararon.

El Ciempiés estaba en una situación verdaderamente peligrosa. Los demás furtivos sólo tenían por encima del agua las cabezas y los hombros en su lucha contra la corriente, pero él ya estaría debajo del agua si no fuera porque sus compañeros lo tenían en vilo, y no le llegaban los pies al fondo.

-Bueno, muchachos dijo Charley en tono animado-, os tenemos atrapados y no podéis escaparos. Si os ponéis a las malas tendremos que dejaros en paz y el agua acabará con vosotros. Pero si os portáis bien, os dejamos embarcar, de uno en uno, y os salváis todos, ¿qué decís?

-¡Que sí! -gritaron roncamente a coro.

-Entonces de uno en uno, y primero los más bajitos.

El Ciempiés fue el primero que subimos a bordo, y llegó de buena gana aunque protestó cuando el agente le puso las esposas. Después llegó Barchi, manso y resignado después de la mojadura. Cuando tuvimos diez en nuestra lancha nos retiramos y la segunda

tomó su cargamento. La tercera no recibió más que nueve presos, una captura de 29 en total.

-¡Pero no habéis agarrao al Delfín! dijo exultante el Ciempiés, como si la fuga del otro disminuyera en mucho nuestro triunfo.

Charley se echó a reír:

-Pero de todos modos lo hemos visto -dijo, jadeando hacia la costa como un cerdo cansado.

Cuando llevamos a la lonja de las ostras a nuestra banda de furtivos, éstos formaban un grupo manso y tiritante. En respuesta a la llamada de Charley se abrió la puerta y de allí salió una deliciosa bocanada de aire caliente.

-Muchachos, aquí os podéis secar la ropa y tomar un café caliente -anunciaba Charley a medida que iban entrando. Y allí, sentado cabizbajo junto al fuego, con un tazón humeante en la mano, estaba el Delfín. De común acuerdo, Nicholas y yo nos volvimos a mirar a Charley. Este rió animado.

-Es cosa de imaginación -dijo-. Cuando se mira una cosa hay que mirarla por todos los lados, porque, si no, ¿de qué vale mirarla? Yo ya había visto la playa, de forma que dejé atrás un par de agentes para que la vigilaran. Nada más.

PAÑUELO AMARILLO

NO ES QUE QUIERA darte órdenes, muchacho dijo Charley-, pero estoy muy en desacuerdo que hagas una última operación. Ya has salido sano y salvo varias veces de choques con gente de armas tomar, y sería una pena que te pasara algo justo al final.

-Pero, ¿cómo no voy a hacer una última operación? -pregunté-. Ya sabes que siempre tiene que haber un último de todo.

-Es verdad. Pero, ¿por qué no decir que la captura de Demetrios Contos fue la última? Has vuelto de ella sano y salvo, aunque te diste una buena mojadura y... y... -se le quebró la voz y por un momento no pudo seguir-, y jamás podría perdonármelo si ahora te fuese a pasar algo.

Me reí de los temores de Charley, aunque cedí a lo que por afecto me pedía, y convine en considerar que ya había hecho mi última operación.

Habíamos pasado dos años juntos, y ahora yo me marchaba de la patrulla pesquera para volver a terminar mis estudios. Había

ganado y ahorrado dinero suficiente para que me durase cuatro años de escuela superior, y aunque faltaban unos meses para el principio del trimestre, me proponía estudiar mucho para los exámenes de ingreso.

Mis pertenencias estaban bien embaladas en un cofre marino y ya estaba yo listo para ir a comprar el billete y tomar el tren de Oakland cuando llegó a Benicia Neil Partington. Hacía falta el Reno inmediatamente para una operación al extremo de la Bahía Baja, y Neil dijo que se proponía ir directamente a Oakland. Como él vivía allí, y yo iba a quedarme con su familia durante mis estudios, no veía ningún motivo, dijo, para que no embarcase mi baúl y me fuera con él.

A media tarde izamos la gran vela mayor del Reno y zarpamos. Era un día sugerente de otoño. La brisa, que había soplado constantemente todo el verano, había desaparecido, y en su lugar soplaban unos vientos caprichosos y el cielo estaba anubarrado, de forma que la hora de llegada a donde fuese era de lo más incierto.

Por la Bahía de San Pablo avanzaba una gran muralla de niebla hacia nosotros, y al cabo de unos minutos el Reno navegaba a ciegas en medio de aquella oscuridad húmeda.

-Parece que se levanta -dijo Neil Partington dos horas después de habernos metido en la niebla-. ¿Dónde crees que estamos, Charley?

Charley lo pensó un momento y luego respondió: -La marea nos ha apartado un poco de nuestro rumbo, pero si se levanta ya la niebla, como se va a levantar, verás que no estamos a más de media milla del Desembarcadero de McNear.

Nos encontrábamos los tres tratando de penetrar la niebla con la mirada cuando el Reno chocó con algo y se detuvo en seco. Corrimos a proa y nos encontramos con que tenía el bauprés incrustado en la arboladura ocre de un mástil corto y grueso. Había chocado de frente con un junco chino anclado.

En el mismo momento en que llegábamos a proa salieron corriendo en grupo cinco chinos de la camareta del entrepuente, con

los ojos todavía cargados de sueño.

A su frente venía un hombre grande y musculoso, notable por la cara picada de viruelas y por el pañuelo de seda amarilla que llevaba liado a la cabeza. Era «Pañuelo Amarillo», el chino al que habíamos detenido el año pasado por pesca ilegal de camarones y que, aquella vez, casi había hundido al Reno, igual que casi lo hundía ahora al violar las reglas de la navegación.

-¿Qué diablos os creéis, anclados en una línea de paso sin poner la sirena? -gritó Charley enfadado.

-¿Que qué se creen? -respondió calmoso Neil-. Basta mirar para saberlo.

Seguimos con la mirada la dirección que indicaba Neil con el dedo y vimos que los medios abiertos del junco estaban casi llenos de gambas recién cogidas. Al mirar más de cerca vimos que entremezclados con las gambas habían miles de pececillos, los más pequeños de los cuales medían unos pocos milímetros. Pañuelo Amarillo había sacado la red durante la estoa de la marea alta, y, aprovechando el que le ofrecía la niebla, se había quedado a la espera temerariamente, para volverla a sacar con la estoa de la marea baja.

-Bueno -carraspeó Neil, en toda mi experiencia de patrulla pesquera, que es larga y variada, he de decir que ésta es la presa más fácil de mi vida. ¿Qué hacemos con ellos, Charley?

-Remolcar el junco hasta San Rafael -naturalmente- fue la respuesta. Quédate tú en el junco, muchacho, y te paso un cable para el remolque. Si no falla el viento, llegaremos a la ensenada antes de que baje demasiado la marea, nos quedamos a dormir en San Rafael y mañana al mediodía llegamos a Oakland.

Con estas palabras, Charley y Neil volvieron al Reno y se pusieron en marcha, con el junco a remolque detrás. Fui a popa y me hice cargo de la presa, pilotando con una caña anticuada y un timón lleno de grandes agujeros romboidales por los que entraba y salía el agua a raudales.

Ya había desaparecido el último girón de niebla, y el círculo

hecho por Charley de nuestra posición se vio confirmado al avistar el Desembarcadero de McNear, a menos de media milla de distancia. Seguimos a lo largo de la costa occidental, dimos la vuelta a Punta San Pedro, a la vista de las aldeas de camaroneros chinos, donde se armó gran jaleo cuando vieron uno de sus juncos a remolque de la balandra de la patrulla pesquera, que tan bien conocían.

El viento que soplaba de tierra era un tanto racheado e incierto, y más nos hubiera convenido que hubiese sido más fuerte. La ensenada de San Rafael, que habíamos de remontar para llegar al pueblo y entregar nuestros prisioneros a las autoridades, pasaba por marjales muy amplios, y su navegación resultaba difícil cuando bajaba la marea, y cuando ya había bajado del todo era absolutamente innavegable.

Así que, con la marea ya casi baja, teníamos que darnos prisa. Pero el pesado junco nos lo impedía, porque iba pesadote atrás y frenaba al Reno al añadir tanto peso muerto.

-¡Diles a esos culis que icen la vela! -acabó por gritarme Charley-. No queremos quedarnos hundidos en el barrizal toda la noche.

Repetí la orden a Pañuelo Amarillo, que se la pasó con voz ronca a sus hombres. Tenía un catarro muy fuerte, que lo hacía doblarse en dos cuando le llegaban ataques de tos convulsiva, y tenía los ojos cargados e inyectados en sangre. Esto le daba una expresión todavía más perversa que de costumbre, y cuando me contemplaba indignado me hacía recordar con temblores la ocasión de su detención anterior.

Sus tripulantes se lanzaron malhumorados a las drizas, y surgió en el aire aquella extraña vela de aparejo latino y teñida de un marrón cálido. Navegábamos de bolina, y cuando Pañuelo Amarillo alisó la escota, el junco aceleró y el cable de remolque quedó ensenado.

Pese a lo rápido que era el Reno, el junco lo era más, y para evitar que chocáramos, cambió para ceñirme, un poco más al viento. Pero el junco seguía adelantando, y en dos minutos me encontró delante y a barlovento del Reno. El cable de remolque estaba tenso y trazaba un ángulo recto entre los dos barcos; el problema era ridículo.

-¡Larga! -grité.

Charley dudó.

-No hay problema -añadí-. No puede pasar nada. De esta bordada llegamos a la ensenada, y estaréis detrás de mí todo el camino hasta San Rafael.

Al oír esto, Charley largó, y Pañuelo Amarillo envió a proa a uno de sus hombres para que recogiera el cable. Con la oscuridad que iba cayendo yo apenas si podía ver la boca de la ensenada de San Rafael, y cuando entramos en ella, a duras penas las riberas.

El Reno estaba por lo menos a cinco minutos a nuestra popa, y seguimos dejándolo atrás al remontar el canal estrecho y tortuoso. Con Charley detrás de nosotros, parecía que tenía poco que temer de mis cinco prisioneros, pero la oscuridad me impedía vigilarlos bien, de forma que trasladé el revólver del bolsillo del pantalón al de la chaqueta, donde me resultaba más fácil alcanzarlo.

El que me inspiraba temor era Pañuelo Amarillo, y lo que pasó después demuestra que él lo sabía y se aprovechó de ello. Estaba sentado a pocos metros de mí, en el lado del junco que en aquel momento estaba a barlovento. Apenas si veía su silueta, y pronto me convencí de que iba acercándose me lenta, muy lentamente. Lo observé cuidadoso. Con la mano izquierda en la caña del timón, metí la derecha en el bolsillo y aferré el revólver.

Vi que se deslizaba otros 5 centímetros, y estaba a punto de ordenarle que se hiciera atrás cuando me golpeó con fuerza una figura pesada que me había saltado encima desde el lado de sotavento.

Era uno de los tripulantes. Me tenía atenazado el brazo derecho, de modo que no podía sacar la mano del bolsillo, y al mismo tiempo me había puesto la otra mano en la boca. Naturalmente, podría haberme zafado de él y haber liberado la mano o la boca para dar un grito de alarma, pero un instante después se me abalanzó encima Pañuelo Amarillo.

Me debatí inútilmente en el fondo del junco, mientras me

ataban los brazos y las piernas y me tapaban bien la boca con lo que después supe era una camisa de algodón. Después me dejaron tumbado en el fondo.

Pañuelo Amarillo tomó la caña del timón y empezó a dar órdenes en susurros, y desde donde estábamos en aquel momento y por las alteraciones de la vela que podía apenas distinguir por encima de mí como una mancha contra las estrellas, colegí que el junco se dirigía hacia la boca de un pequeño marjal que vaciaba en aquel punto en la ensenada de San Rafael.

Luego de un par de minutos encallamos blandamente en la ribera y arriaron la vela en silencio. Los chinos estaban muy callados. Pañuelo Amarillo se sentó en el fondo a mi lado y noté que se esforzaba por contener aquella tos ronca y convulsiva. Unos siete u ocho minutos después oí la voz de Charley cuando el Reno pasó junto a la boca del marjal.

-No puedes imaginarte lo aliviado que me siento -oí claramente que le decía a Neil- de que el chico haya terminado con la patrulla pesquera sin accidentes.

Entonces Neil dijo algo que no pude captar y la voz de Charley siguió diciendo:

-El chico ha nacido para la mar y si cuando termine la escuela superior hace cursos de navegación y va a alta mar, no me extrañaría que llegase a capitán del barco mayor y mejor del mundo.

Todo eso me resultaba muy halagador, pero allí echado, atado y amordazado por mis propios prisioneros, he de decir que no estaba precisamente en la mejor situación para disfrutar con mi risueño futuro.

Con el Reno desapareció mi última esperanza. No me podía imaginar lo que iba a venir a continuación, pues los chinos eran de una raza distinta de la mía, y por lo que sabía de ellos, estaba convencido de que no podía esperar juego limpio por su parte.

Después de esperar unos minutos más, la tripulación izó la vela latina y Pañuelo Amarillo nos llevó ensenada de San Rafael abajo.

Cuando salimos de ella se inició una discusión a gritos, y comprendí que el tema era yo. Pañuelo Amarillo hablaba con vehemencia, pero los otros cuatro se le oponían con la misma vehemencia. Era evidente que él proponía que se deshicieran de mí y que los otros tenían miedo de las consecuencias.

Es fácil imaginar lo que sentía yo, dado que era mi destino lo que estaba en juego. La discusión se convirtió en una pelea, y en medio de ella, Pañuelo Amarillo sacó la pesada caña del timón de su eje y se lanzó hacia mí. Pero se interpusieron sus cuatro compañeros y hubo una pelea desordenada. Al final, Pañuelo Amarillo fue el vencido y volvió malhumorado a pilotar, mientras que los otros lo amonestaban severamente por su temeridad.

Poco después, arriaron la vela y el barco fue avanzando lentamente a remo. Sentí que se encallaba blandamente en el cieno. Tres de ellos -todos ellos con botas altas de pescar-, saltaron por la borda, y dos me pasaron por encima de la regala. Pañuelo Amarillo me llevaba por las piernas, y sus dos compañeros por los brazos, y empezamos a avanzar a trompicones por el barro.

Luego de unos minutos empezaron a pisar terreno más firme y comprendí que me transportaban por una playa. No me cabía duda de dónde se hallaba aquella playa. No podía ser más que una de las Islas de Marín, un grupo de islotes rocosos que había frente a la costa del Condado de Marín.

Cuando llegaron a la arena dura que señalaba el límite de la marea alta me dejaron caer sin miramientos. Pañuelo Amarillo, despechado, me dio una patada en las costillas, y después el trío volvió chapaleando por el barro hasta el junco. Un momento después oí que izaban la vela y ésta gualdrapeaba en el viento cuando tiraron del escotín. Después cayó el silencio y quedé abandonado a mi propia suerte.

Aunque me retorcí y forcejeé como un buen chico, los nudos siguieron igual de apretados que antes. Pero con tanta agitación caí sobre un montón de conchas de almeja, los restos, evidentemente, de una comilona de la gente de algún yate. Eso me dio una idea.

Tenía las manos atadas a la espalda, y tras coger una concha de almeja en ellas, fui dando vueltas y vueltas hasta llegar a las peñas que sabía que había allí.

Di unas cuantas vueltas más hasta descubrir por fin una griega en la que incrusté la concha. Tenía un filo agudo, y contra ese filo me puse a cortar la cuerda con la que me habían atado las muñecas.

El filo de la concha era frágil, y lo rompí cuando me apoyé demasiado en él. Entonces regresé dando vueltas al montón y volví con todas las conchas que me cabían en ambas manos. Rompí varias conchas, me hice varios cortes en las manos y me dieron calambres en las piernas debido a lo forzado de mi postura y a mis trabajos.

Mientras padecía los calambres y descansaba oí una llamada familiar que llegaba desde el agua. Era Charley que me buscaba. La mordaza me impedía replicar, y no pude hacer más que seguir allí tumbado, cargado de una rabia impotente, mientras él seguía remando hasta alejarse de la isla.

Volví a ponerme a aserrar y al cabo de media hora logré cortar la cuerda. El resto fue fácil. Una vez libres las manos, fue cuestión de minutos soltarme las piernas y quitarme la mordaza de la boca. Di una carrera por la isla para cerciorarme de que era efectivamente una isla, no fuera a resultar por casualidad ser un punto de tierra firme.

Sí que era una isla, de las del grupo de Marín, circundada por una playa de arena y un mar de barro. No podía hacer más que esperar el amanecer y mantenerme caliente, porque hacía una noche fría y cruda para California, con un viento que bastaba justo para penetrar bajo la piel y hacer temblar.

A fin de mantener la circulación recorrí la isla a la carrera una docena de veces o así, y escalé su espina dorsal rocosa otras tantas veces, todo lo cual me valió de más, como descubrí más adelante, que de mero ejercicio de calentamiento.

En medio de éste me pregunté si habría perdido algo de lo que llevaba en los bolsillos mientras daba vueltas y vueltas por la arena. Un registro reveló que me faltaban el revólver y la navaja. Pañuelo

Amarillo me había quitado el primero, pero la navaja la había perdido en la arena.

Estaba buscándola cuando me llegó el ruido de toletes. Naturalmente, al principio pensé en Charley, pero después de pensarlo concluí que Charley iría llamándome mientras remaba. Se apoderó de mí una repentina premonición de peligro. Las Islas de Marín son sitios muy solitarios, donde no cabe esperar muchos visitantes fortuitos en medio de la noche.

El ruido de los toletes fue haciéndose más distinto. Me agaché en la arena y escuché atento. El bote, que me pareció un chinchorro por la rapidez con que se sucedían las remadas, estaba llegando al barro, unos 50 metros playa arriba. Oí una tos ronca y convulsiva y se me subió el corazón a la boca. ¡Era Pañuelo Amarillo! ¡No estaba dispuesto a que sus compañeros más prudentes le privaran de su venganza y se había ido a hurtadillas de su aldea para volver a solas!

Me puse a pensar a toda prisa. Estaba desarmado e indefenso en un islote diminuto, y por mí venía un bárbaro amarillo, al que tenía motivos para temer. Cualquier sitio sería más seguro que la isla. Cuando empezó a chapalear por el barro hacia ésta, yo empecé a meterme en él en dirección opuesta, por el mismo camino que habían recorrido los chinos al desembarcarme y volver luego al junco.

Pañuelo Amarillo, convencido de que yo todavía estaría bien atado, no tomaba precauciones, sino que llegó a la playa ruidosamente. Esto me resultó fácil, pues para el momento en que él llegaba yo ya había logrado recorrer unos 15 metros.

A esa distancia me tendí en el barro. Estaba frío y pegajoso y me hizo ponerme a tiritar, pero no quería ponerme en pie y correr el riesgo de que me descubriera aquella mirada penetrante.

Fue por la playa directamente a donde me había dejado en tierra, y tuve una sensación momentánea de pesar por no poder ver su sorpresa al no encontrarme.

Lo que hizo a partir de aquel momento he de deducirlo en gran medida por los datos de la situación, pues apenas si podía

verlo a la pálida luz de las estrellas. Pero estaba seguro de que lo primero que hizo fue recorrer la playa a ver si había desembarcado alguien de otro bote. Era algo que podía deducir por la presencia o la ausencia de otras huellas en el barro.

Convencido de que no me había sacado de la isla ningún bote, pasó después a averiguar qué había sido de mí. A partir de la pila de conchas de almeja, empezó a encender cerillas para encontrar mis huellas en la arena.

La multiplicidad de mis huellas lo confundió. Entonces debe habersele ocurrido la idea de que yo pudiera estar en el barro, pues vadeó unos metros en mi dirección y se paró, y se inclinó mirando atenta y detenidamente la superficie sombría. No podía estar a más de cinco metros de mí, y si hubiera encendido una cerilla, no cabe duda de que me habría descubierto.

Se me ocurrió la idea de encaminarme hacia el chinchorro de Pañuelo Amarillo y escaparme en él, pero en aquel mismo momento se volvió hacia la playa, y como si temiera que ocurriese lo mismo que había ideado yo, chapaleó por el barro para asegurarse de que el chinchorro estaba a salvo.

Entendí que estaba convencido de que yo estaba escondido en el barro por alguna parte. Pero el buscar a un muchacho por la noche en un mar de barro era como buscar una aguja en un pajar, y no lo intentó.

Finalmente se fue vadeando a su chinchorro y se marchó a remo. Me sentí enormemente aliviado, y empecé a salir a gatas hacia la playa. Pero se me ocurrió una idea. ¿Y si la partida de Pañuelo Amarillo era una treta? ¿Y si había actuado así únicamente para hacerme salir a tierra?

Mientras más pensaba en eso más seguro estaba de que había hecho muy poco ruido con los remos al marcharse. Y allí me quedé, tumbado en el barro y tiritando. Tirité tanto que me empezaron a doler todos los músculos de la espalda, que me hacían tanto daño como el frío y tuve que recurrir a toda mi capacidad de autodominio

para mantenerme en aquella posición lamentable.

Pero hice bien en permanecer así, pues quizá una hora después creí vislumbrar algo que se desplazaba por la playa. Observé atentamente, pero fueron mis oídos los que primero oyeron algo, aquella tos rasposa que tan bien conocía yo. Pañuelo Amarillo había vuelto a hurtadillas, había desembarcado en el otro lado de la isla y había venido sigilosamente a sorprenderme en caso de que yo hubiera regresado.

Luego de eso pasaron varias horas sin que diera señales de vida. La mera idea de volver a la isla me daba miedo. Por otra parte, también me daba miedo morirme de pasar tanto tiempo a la intemperie. Jamás me había imaginado que se pudiera sufrir tanto. Hacía tiempo que había empezado a subir la marea, que me acercaba a la playa centímetro a centímetro. La marea alta era a las tres de la mañana, y a las tres llegué a la playa, más muerto que vivo, y demasiado debilitado para ofrecer resistencia alguna si Pañuelo Amarillo se me lanzaba encima.

Pero Pañuelo Amarillo no apareció. Había renunciado a mí y vuelto a Punta San Pedro. Sin embargo, yo me encontraba en una situación deplorable, por no decir grave. No podía tenerme en pie, y mucho menos andar. Mis prendas, pegajosas y embarradas, se me pegaban como si fueran planchas de hielo.

No podía hacer más que arrastrarme como un inválido, como un caracol, a costa de unos dolores constantes, arriba y abajo de la playa. Seguí haciéndolo todo el tiempo posible, pero cuando por Levante comenzó a clarear con la llegada de la aurora, empecé a sucumbir. El cielo se puso de un rojo sonrosado, y el reborde dorado del sol que se levantaba por el horizonte me halló yacente, indefenso e inmóvil, entre las conchas de almeja.

Como en sueños vi la conocida vela mayor del Reno que salía de la ensenada de San Rafael con el primer soplo de aire de la mañana. Aquel sueño fue muy interrumpido. Hay intervalos que nunca logro recordar cuando reflexiono sobre el asunto.

Sin embargo hay tres cosas que recuerdo distintamente: la

primera visión del Reno y su vela mayor; la forma en que echó el ancla a unas docenas de metros de distancia y cómo salió de su costado un chinchorro, y la cocina del camarote que crepitaba al rojo vivo, mientras me envolvían entero en montones de mantas, salvo el pecho y los hombros, en los que Charley golpeaba como un loco, sin piedad, mientras la boca y la garganta me ardían del café que me vertía por ellas Neil Partington.

Cuando arribamos a Oakland me sentía tan ágil y fuerte como siempre, aunque Charley y Neil Partington temían que me fuera a dar una pulmonía y los primeros seis meses que pasé en la escuela, la Sra. Partington me estuvo vigilando atentamente a ver si aparecían los primeros síntomas de la tisis.

¡Cómo vuela el tiempo! Parece que fuera ayer cuando yo era un mozo de 18 años en la patrulla pesquera. Pero sé que esta misma mañana he llegado de China y que me puedo anotar una travesía muy rápida como capitán del bergantín corbeta Harvester. Y sé que mañana por la mañana iré corriendo a Oakland a ver a Neil Partington y su mujer y su familia, y que más tarde subiré a Benicia a ver a Charley Le Grant y a hablar con él de los viejos tiempos.

No, ahora que lo medito no voy a ir a Benicia. Espero ser uno de los protagonistas de una boda que va a celebrarse dentro de poco. Ella se llama Alice Partington, y como Charley se ha comprometido a ser el padrino, tendrá que ser él quien venga a Oakland.

UN PAJE DE CÁMARA GUAPÍSIMO

Y AQUEL CHICO TAN apuesto era...
-Pues, naturalmente, pura y simplemente la mujer del velo.

-¡Bueno, basta ya! -exclamé. Eso está muy bien para un suplemento dominical, pero en la vida real no es tan fácil engañar a la gente.

-Pues mira los casos de la vida real, las mujeres que se hacen soldados, marineros, exploradores...

-Pero, ¿has visto a mi hermano pequeño, Bob, que es tan buen imitador...?

-¡Tonterías!

-A la gente se la engaña de mil formas, y...

-Te digo que son tonteras -comenté. Cualquiera que no sea un bobo se da cuenta inmediatamente de que se trata de un disfraz. No puede ser muy listo un tipo que no pueda distinguir entre un hombre y una mujer. Te apuesto a que a mí no me podrían engañar.

-Acepto la apuesta dijo Jack.

-De acuerdo -respondí.

-Te apuesto a que en menos de seis meses logro engañarte.

-¡Ok! ¿Qué apuestas?

-El perdedor paga una cena; el ganador dice dónde, en qué ha de consistir y quiénes son los invitados, a discreción.

-¡Ok!

Nos dimos la mano, y los amigos se amontonaron alrededor nuestro con todo género de consejos y de comentarios. Así se sembró la semilla de la que había de surgir el inolvidable romance de aquel «paje de cámara guapísimo».

Las dos semanas siguientes me hallaron en mi grandeza solitaria a bordo de mi yate goleta el Halcón, rumbo a un breve crucero a Honolulu. Apenas habíamos dejado tras el horizonte el faro de Farralone cuando se despertaron mis sospechas. Del cocinero al piloto mayor empezaron a llover las quejas sobre el nuevo paje de cámara. Decían que tenía buena voluntad, pero no valía para nada. Billy, el paje de antes nos había abandonado en el último momento y mi agente, a quien le confiaba todos los asuntos de este tipo, había conseguido a toda prisa a quien ahora ocupaba el puesto.

Era efectivo que tenía buena voluntad, pero en resumen, no sabía lo que tenía que hacer y era un absoluto incompetente para el puesto. Pero se esforzaba tanto que todo el mundo se sentía atraído por él. Y era un chico muy guapo. Tenía los ojos oscuros y las mejillas sonrosadas, con una cara ovalada y delicada un poco cetrina, y tan exquisita que... no es de extrañar que me hiciera recordar la apuesta que había hecho yo con Jack Haliday. Y además, para tratarse de un muchacho esbelto de 15 ó 16 años, según parecía ser, tenía un cuerpo vaga e insinuantemente redondeado que no podía por menos de corroborar mis sospechas.

Pero no dije nada y esperé a la confirmación. Esta llegó antes de lo previsto. Estábamos juntos el piloto y yo en la toldilla un mediodía, dedicados a observar el sol con nuestro sextante. Subió

el chico por la escala con un caldero lleno de cenizas y escoria; acababa de limpiar la cocina del camarote. En vez de irse al costado de sotavento, fue a la barandilla de barlovento a tirar los desechos. Y claro que los tiró, pero contra el viento, de forma que nos llenaron a nosotros de basura.

El piloto se la sacó a puñados de los ojos y agarró al granuja del brazo. Nelson era un rudo lobo de mar y dominaba perfectamente la jerga que sirve para expresar claramente las cosas a todos los de su profesión. Lo sacudió arriba y abajo y lo maldijo con una combinación tan fuerte de juramentos ingleses y escandinavos como jamás haya oído yo en mi vida.

El muchacho perdió la cabeza y empezó a llorar. Recogió el caldero y empezó a ir hacia el camarote, pero justo cuando estaba frente a mí resbaló y se cayó. Lo cogí antes de que llegara al piso y... bueno, ya había yo pasado la mano demasiadas veces por terrenos prohibidos como para irme a confundir ahora.

-Pero, ¡si eres una chica! -exclamé.

El timonel empezó a reírse, así que la bajé al camarote para ahorrarle las burlas de los marineros. Allí siguió llorando y gimiendo y quejándose hasta que casi llegó a emocionarme a mí, en las tentativas de consolarla. Por fin se calmó.

-Ay, mi capitán -empezó-, espero que no se enfade usted conmigo. Yo... él... el Sr. Haliday...

-Esto es obra de Jack Haliday, ¿no? -interrumpí.

-Sí, señor.

-Entonces sabe usted lo de la apuesta y tendrá que declarar que he descubierto su... ejem... identidad.

-Sí, señor, y se va a enfadar mucho cuando sepa que he perdido. Uaaaa... Uaaa....

-No, si lo ha hecho usted muy bien -le dije por creer que necesitaba que se le dieran ánimos-. El cocinero jamás habría descubierto... pero, ¡qué diablos!... Tendrá usted que ponerse...

Todo aquello resultaba muy embarazoso para ambos.

¡Y el torpe del cocinero ni se había dado cuenta! Lo llamé al camarote.

-Dile al muchacho alemán que te eche una mano -ordené-. Y vete a tu camarote a hacer la maleta de la señorita.. eh...

-E... E... Eastman -gimió el personajillo desconsolado que yacía en el suelo.

-Y haz la maleta con las cosas de la señorita Eastman. Llévalas al camarote de los invitados y mira que todo esté en orden. Ya me encargaré de que recibas una paga extraordinaria por este viaje. ¡Vamos! ¡No te quedes ahí parado todo el día! -y no pude evitar el echarme a reír ante la expresión de sorpresa que ponía con los ojos muy abiertos.

-No sé qué hacer en cuanto a conseguirle ropa adecuada -dije cuando la llevé a su nuevo camarote, siguiendo a un cofre marinero muy bonito.

-No importa, mi capitán -replicó ella entre sollozos-. Ya... ya me había yo traído unos vestidos.

-¡Que me ahorquen! -gritó el cocinero cuando se cerró la puerta . ¡Ah! Perdóne usted, mi capitán, pero, ¿va usted a decirme que es... que es una chica?

¡Hay que ver! ¡Y yo, que soy casado! ¿Qué va a decir mi mujer?

Aunque traté de explicarle que no había ninguna necesidad de que se enterase su mujer, se fue lentamente hacia la cocina, más entristecido si cabe, que la pobre chica que le había creado el problema. Pero yo podía entenderlo, pues comprendí lo falso de mi propia posición, y sabía cómo debía estarse riendo la marinería.

Hice que le llevaran la cena a su camarote, y hasta la mañana siguiente no volvió ella a presentarse. Y entonces fue una señorita compuesta y bien vestida la que apareció, pese a lo corto que tenía el pelo. Parecía una pena que se lo hubiera cortado por una apuesta de tres al cuarto.

-¿Qué va a decir su familia? -pregunté en el transcurso de las explicaciones-. ¿Está enterada?

-Mi hermano. Vine con su consentimiento.

-Su hermano es un sinvergüenza y habría que darle de latigazos. Lo menos que cabe decir es que esto es muy embarazoso.

-¿Por qué?

-¡Vaya una pregunta. ¿Por qué? Empecé a comprender el lío en que me había metido Jack Haliday. ¿Por qué? ¡Qué inocencia!

-Debe usted haberse educado en un convento -dije directamente.

-Sí, señor; hasta hace un año iba al Sagrado Corazón.

Esto iba de mal en peor. La responsabilidad que me había caído no era poca. Por fin le saqué su historia. Había perdido a su madre cuando era niña, y su padre, que era un pequeño comerciante, la había educado en el Convento del Sagrado Corazón. A él le habían ido muy mal las cosas y cuando murió no les dejó ni un céntimo a ella y su hermano. Para resumir, Jack Haliday los había tomado bajo su protección. Ella había mostrado aptitud para las tablas y Haliday le había dado aliento y profetizado que algún día el vaudeville metropolitano abriría los brazos a una triple de capacidad nada despreciable.

-Y cuando me pidió este favor -concluyó-, ¿qué iba a hacer yo? ¿Cómo negarme, después de todo lo que ha hecho por mí?

Bien, el yate adquirió una nueva vida. ¡Es extraño, la forma en que aquella muchachilla, una chica de 16 años, animó las cosas! Se convirtió en el ídolo de todos los marineros, e incluso Nelson le presentó excusas. Apuesto a que era la primera vez que hacía tal cosa aquel terco lobo de mar. Ella tocaba bien el piano, y aunque no tenía una voz muy fuerte ni con muchos registros, la verdad era que cantaba muy melodiosamente.

Cuando arribamos a Honolulu, yo era partidario de hacer lo necesario para que ella volviera en un vapor, pero la inocente criatura no quería ni oír hablar de eso, y cuando insistí pareció ponerse tan triste que hube de renunciar a ello. Además, no nos conocía nadie. Y ella... ella no tenía ni idea del pecado, y el

desengañarla era una tarea para la que no me consideré capacitado. La doté de fondos y al cabo de muy poco tiempo tenía una colección sorprendente de vestidos y otras necesidades femeninas. Después empezamos a ir a los conciertos de la Banda Hawaiana, a dar largos paseos por el campo y a visitar muchos lugares de interés y recreo. Lo pasamos muy bien, pero todo lo bueno tiene su fin, y un mes después estábamos frente a la Puerta Dorada. Al día siguiente llegaríamos a San Francisco.

Mañana... medio suspiré mientras encendía un puro y echaba una mirada a la puerta de su camarote. Me pregunté qué estaría soñando ella. Después recordé mis largos cruceros solitarios. ¡Qué alegre había sido éste! La vida cobró nuevas posibilidades cuando empecé a comprender algunos de sus encantos que hasta entonces no había conocido... encantos que mis amigos más afortunados mencionaban a cada momento. ¡Cómo había cambiado ella las cosas! Un tobillo bien torneado en las escaleras del camarote, un zapato brillante en cubierta, la risa cascabelera de una muchacha, una canción al atardecer, un... en resumen, ese algo inefable de la presencia femenina. La idea me asombró. Veamos: dieciséis... veintiséis; diecinueve... veintinueve; no, eso sería esperar demasiado, dieciocho, veintiocho... eso es. Y después de todo, no es tanto. ¡Dos años! ¿Qué no podría ocurrir en dos años? El desarrollo, la maduración de aquella mente, sí, y de aquellas formas, tan ricas en promesas. Dos años, y después...

-Ocho campanadas.

Los ruidos del cambio de la guardia ahuyentaron mi cuento de hadas, de forma que tiré el puro y me fui a acostar.

En el muelle estaba Jack Haliday con todo el grupo del club, esperándonos. Evidentemente, el vigía de la Lonja del Mercado había teleografiado nuestra llegada a la embocadura la noche anterior. Subieron en bloque a por la señorita Eastman. Pero Clara, como ya la llamaba yo, hizo frente al maltrato con gran valor. Su tono tranquilo y sus risitas contenidas me parecieron irritantes.

Jack Haliday fue derecho al grano:

-Oye, ya sabes, lo de aquella cena...

-¿Qué pasa con la cena? -contesté secamente.

-Bueno, ya he hecho todos los planes, pero me parece mejor decirte cuáles son. Podrías tener algo que sugerir, ya sabes.

-¡Así que has hecho todos los planes! -grité-. Pues yo creo que a quien corresponde encargar la cena es a mí.

-¡Ja, ja, ja! -empezaron a reír todos.

-Espero que haya tenido usted un viaje agradable, señorita Eastman -le dijo él volviéndose hacia ella.

-Ah, sí -respondió, aunque vi que le temblaban los labios.

-¿Cómo lo descubriste? -me preguntó Jack a mí.

-Bueno, se me desmayó en los brazos, y...

-¡Ja, ja! ¡Je, je! -reía a carcajadas el grupo, mientras yo sonreía triunfante ante mi derrotado adversario.

-Y, ¿se enfadó? -continuó el imperturbable Haliday dirigiéndose a Clara.

-No -replicó ésta-, fue muy simpático, Y cuando llegamos a Honolulu quería me volviese en el vapor, pero me negué. Y luego lo pasamos estupendo: me compró dulces y guantes, me llevó de paseo en coche de caballos, y...

Al escuchar esto, los del grupo se desternillaban de risa. Le daban palmadas en la espalda a Jack, le daban golpes en las costillas y se abrazaban los unos a los otros con carcajadas de éxtasis.

-¡Pero, idiota! -gritó Jack-. Si es mi hermano Bob.

-Imposible -respondí-. Pero, si cuando se desmayó cayó en mis brazos y...

Al llegar este momento me quedé sin habla, porque la modesta señorita Eastman dio dos volatines, cayó en pie sonriente, se metió una mano en su doncellil seno y sacó... ¡cielos!... un par de amortiguadores neumáticos, como los que usan los futbolistas.

Está de más decir cómo encabecé la estampida hacia el club, cómo salió la cena, con Bob a la cabecera de la mesa, ni cómo, hasta hoy día la mera mención de aquel «paje de cámara guapísimo» me despierta una cierta cólera que no tengo esperanza de superar jamás.

INDICE

Blanco y amarillo	2
El Rey de los Griegos	8
Incursión contra los ostreros furtivos	15
Pañuelo Amarillo	22
Un paje de cámara guapísimo	28